Horacio Cerdeña

Presenta

CANTA SOLA A LUCI

1

Estoy taciturno y ensimismado
por tu belleza tan tierna, Lucía.
Pienso en tu belleza todos los días,
sin poder dormir, ni hallarme cansado.

Cuando me he perdido y me he desvïado,
entonces pienso en ti, amada Lucía.
En tanto que de rosa y noche fría
se habla, se habla de tono cantado.

Realmente no puedo comprender
el acertijo de tu corazón,
rey de las flechas, rey del aprender.

Mas, ¿por qué no me entregas tu pasión?...
Siento que nunca te podré entender,
a pesar de escuchar siempre tu son...

2

Oh, Lucía, luz divina, en la bruma anhelante,
en tu esencia me pierdo, cual río constante,
la melodía de tu risa, un canto vibrante,
en el eco del viento, un susurro amante,
con el tiempo, los sueños, se tornan distantes,
y en tus brazos, mi vida, eternamente, amante.

Tu mirada, dos astros que fulgen en el cielo,
son los faros que guían mi corazón, sin duelo,
y en cada parpadeo, el universo en desvelo,
las sombras se disipan, la vida es un anhelo,
pues en ti, oh Lucía, mi mundo es un velo,
y en el abrazo eterno, se esconde mi anhelo.

En la danza de las horas, el tiempo se rinde,
como un río serpenteante que a su paso se expande,
y en la brisa que acaricia, tu esencia responde,
pues en cada susurro, tu voz me corresponde,
y en la noche estrellada, mi amor se defiende,
con la luna de testigo, el alma se enciende.

Oh, Lucía, inmortal, musa de mis pensamientos,
en la fragancia del aire, encuentro los cimientos,

y en los ecos lejanos, mis más dulces lamentos,
te nombro en cada verso, en mis sueños sedientos,
y en la luz que emana, ahondo en mis sentimientos,
pues en ti hallo la paz, la calma, los vientos.

Eres el sol que ilumina las sombras de mi vida,
la flor que en el jardín de lo eterno anida,
y en cada suspiro, la esencia querida,
pues en tu amor encuentro la gloria perdida,
y en la noche serena, la luz que me guía,
oh, Lucía, en tus brazos, mi alma es vida.

Así, en esta balada, al viento me entrego,
cada verso es un eco que el tiempo despliego,
y en la trama del destino, un profundo ruego,
te hallo, oh Lucía, en cada sueño ciego,
pues en ti está el fuego que arde sin sosiego,
y en la sombra de tu amor, yo siempre me apego.

Los océanos murmuran secretos del cielo,
cada ola que avanza me trae tu consuelo,
en el canto de las aves, suena tu anhelo,
y en el suave murmullo, el viento es mi velo,

pues en el laberinto de un amor sincero,
te encuentro, oh Lucía, mi puerto, mi acero.

Cuando la noche descienda y el mundo se apague,
mi voz será un susurro que al silencio se anexe,
y en la bruma que flota, tu esencia me abrace,
pues en cada latido, tu amor me estremece,
oh, Lucía, en la sombra, la luz que me ofrece,
y en la danza del tiempo, el amor que se mece.

Así, en esta sinfonía de versos cantados,
mi corazón se entrega a los sueños soñados,
pues en la fragancia de tus labios dorados,
cada rima se funde en anhelos sagrados,
y en la noche estrellada, por siempre amados,
seremos dos almas, eternos, entrelazados.

Oh, Lucía, luz divina, en la bruma anhelante,
en tu esencia me pierdo, cual río constante,
la melodía de tu risa, un canto vibrante,
en el eco del viento, un susurro amante,
con el tiempo, los sueños, se tornan distantes,
y en tus brazos, mi vida, eternamente, amante.

En el jardín oculto de los sueños dorados,
donde el alba despierta entre brumas y anhelos,
habita Lucía, estrella de mil cielos,
con su risa de luna y su abrazo sagrado.
Cada paso que da, como danza en el viento,
despierta el universo en un verso profundo,
y en su mirada se oculta el misterio fecundo,
de un amor que trasciende el sutil entendimiento.

Oh, Lucía, luz eterna, en la sombra radiante,
tus ojos son faroles que iluminan la senda,
donde el tiempo se pliega y la vida se ofrenda,
un río de susurros que el alma lleva adelante.
Eres la melodía que acaricia mi esencia,
la armonía del canto que florece en el aire,
un refugio en el caos, un amor que no cesare,
y en el eco distante, mi voz toma presencia.

En el ocaso dorado de un día que muere,
te encuentro en el susurro de un viento sereno,
pues en ti hallo el fuego que transforma lo pleno,
y el destino se abraza a lo eterno, no hiere.
Eres el suspiro que en el alba florece,
la flor que en el silencio de la noche se asoma,

y en cada lágrima, en cada rima que se entona,
la historia que escribo en tu luz se enriquece.

Los ríos murmuran secretos en su cauce,
como ecos lejanos de un tiempo vivido,
y en la fragancia del aire, tu amor es tejido,
la trama de mis sueños, el refugio en el auge.
Oh, Lucía, inmortal, en tu esencia me pierdo,
en el vaivén del destino, mi vida se despliega,
cada verso que canto, cada nota que llega,
es un homenaje sagrado a lo que no es tierno.

Cuando la luna asome con su manto plateado,
y las estrellas titilen en el manto oscuro,
mi alma, oh Lucía, encontrará su futuro,
y en tus brazos, el tiempo será un eco callado.
Tus labios, pétalos de rosa, dulces y puros,
son el néctar que embriaga mis más hondos sueños,
y en el roce divino, la vida es un pequeño
universo que brota en abrazos seguros.

En la penumbra del alba, donde el día despierta,
tu voz es el susurro que la calma proclama,
y en la sinfonía suave de la vida que llama,

mi corazón se entrega a tu luz que no muerta.
Eres la esperanza que florece en el viento,
el faro que guía mis pasos errantes,
la musa que inspira mis versos constantes,
y en la danza del tiempo, hallamos el aliento.

Así, en esta balada que al cielo se eleva,
mi voz resonará como un eco infinito,
cada palabra tuya, un destello bendito,
que transforma el silencio en un canto que lleva.
Oh, Lucía, tu nombre es un canto eterno,
un suspiro divino que el viento acaricia,
y en el abrazo sincero, la vida se inicia,
pues en tu amor encuentro el sentido interno.

Al final de este viaje, cuando todo se apague,
y las sombras se plieguen en un abrazo mudo,
te hallarás en mis versos, en un amor profundo,
serás el faro que nunca se desgaje.
Oh, Lucía, en esta odisea infinita,
mi alma será un canto que tu luz sostenga,
y en cada palabra, la vida se venga,
seremos dos eternos, donde el amor se habita.

Y en la bruma del tiempo, en el eco lejano,
tu esencia se funde con los sueños dorados,
y en el jardín de la vida, nuestros destinos amados
se entrelazan en un baile, donde el amor es humano.
Así, en esta balada, al universo le canto,
a la musa que enciende mi ser en cada instante,
pues en ti, oh Lucía, el amor es constante,
y en el lienzo de la vida, seremos el encanto.

En el vasto universo, donde el tiempo se pliega,
habita Lucía, estrella de mis pensamientos,
en su mirada se encienden los más profundos sentimientos,
y su risa, un manantial que la tristeza niega.
Oh, Lucía, luz brillante en la sombra reinante,
tu esencia es un faro que guía mis caminos,
en los ecos del viento, en los versos divinos,
encuentro la melodía que el amor hace constante.

Eres el susurro que me abraza en la bruma,
la flor que florece en el silencio del alba,
y en el murmullo suave de tu voz que me calma,
mi alma se encuentra en paz, y el corazón se asuma.
Oh, Lucía, inmortal, en la penumbra danzante,
en tus brazos hallo el refugio de mis días,

cada beso que ofreces, como frescas melodías,
se convierte en el eco que el amor hace vibrante.

Los ríos murmuran secretos de tu belleza,
en el vaivén del tiempo, donde el sol se despide,
y en la luna que asoma, la esperanza se mide,
pues en tu luz resplandece la más pura fortaleza.
Eres el canto eterno que en la noche se eleva,
la sinfonía sagrada que acaricia mi piel,
y en cada suspiro, un profundo destello,
que transforma mi vida y en tu amor me renueva.

Así, en esta balada que al viento se entrega,
mi corazón es un canto que fluye sin miedo,
pues en la fragancia de tu ser encuentro el credo,
y en el abrazo de tu amor, el destino se despliega.
Oh, Lucía, dulce musa, en la penumbra radiante,
cada verso que escribo es un tributo a tu esencia,
y en la danza del tiempo, en su suave presencia,
mi vida es un poema donde el amor es constante.

Cuando las estrellas titilen en el firmamento,
y el mundo se sumerja en un sueño profundo,
te hallarás en mis sueños, en un amor fecundo,

pues en ti, oh Lucía, renace mi sentimiento.
Eres la flor que brota en los campos del alma,
la luz que ilumina mis noches de desvelo,
y en cada palabra, en cada verso, en cada vuelo,
mi amor por ti es un fuego que nunca se apaga.

En la sombra del alba, donde el día se asoma,
mi voz resonará en el eco de tu nombre,
y en el canto del viento, donde el amor se asombre,
seremos dos eternos en una danza que se entona.
Oh, Lucía, en la bruma, en el aire, en el mar,
mi corazón se enreda en tu amor infinito,
y en cada abrazo, un universo se ha escrito,
pues en ti, oh Lucía, siempre quiero habitar.

Al final de este viaje, cuando el tiempo se acabe,
y las sombras se plieguen en un susurro callado,
te hallarás en mis versos, en un amor sagrado,
serás la melodía que nunca se desgrave.
Así, en esta balada, al cielo le canto,
a la diosa que guía mis pasos errantes,
pues en ti, oh Lucía, hallo mis instantes,
y en el lienzo de la vida, seremos un encanto.

En el ocaso dorado de un día que muere,
donde el cielo se viste de tonos suaves,
y las sombras se alargan, se convierten en aves,
te busco, oh Lucía, mi anhelo, mi fe.
Eres el susurro que danza en mi mente,
un eco de caricias que el tiempo no olvida,
y en tu esencia divina, la luz se me anida,
como un faro eterno que guía a un navegante.

Oh, Lucía, en la bruma, tu risa resuena,
como el canto del mar que me abraza y me envuelve,
y en la noche estrellada, mi amor se revela,
pues en tus brazos encuentro la paz que se ordena.
Eres la melodía que en el viento se entona,
la flor que florece en el jardín de mis sueños,
y en cada suspiro, mis más dulces empeños
se elevan al cielo, donde el amor se entona.

Cada paso que das, un poema en movimiento,
como hojas que caen, en un suave vaivén,
y en la danza del tiempo, donde todo es también,
mi corazón se rinde a tu amor y sentimiento.
Oh, Lucía, inmortal, en tu abrazo hallo calma,
pues en ti se entrelazan mis deseos y anhelos,

y en los ecos lejanos, en los brillos de cielos,
mi vida es un canto que en ti encuentra su alma.

En el ocaso del día, donde la luz se disipa,
te encuentro en el susurro de un viento sereno,
cada estrella en el cielo, un reflejo pleno,
de la historia que forjamos en cada vida.
Así, en esta balada, mi voz se hace eco,
un tributo sincero a la luz que despliegas,
pues en la danza de sombras, donde el amor se niega,
te nombro, oh Lucía, mi anhelo, mi miedo.

Cuando el alba despierte y el mundo se asome,
te hallaré en los versos que mi pluma sella,
y en cada palabra que el viento destella,
mi corazón te busca, y el amor me transforma.
Eres el destino que guía mi camino,
la esencia que inunda mis días de canto,
y en el abrazo sincero, donde el amor se planto,
mi vida se despierta en un amor divino.

Oh, Lucía, en tu luz, la eternidad se dibuja,
y en cada beso tuyo, un mundo renacido,
pues en la danza del tiempo, donde todo es sentido,

mi alma es un poema que tu amor no fuga.
Así, en esta balada que al cielo se eleva,
te ofrezco mis sueños, mis versos en rima,
pues en ti, oh Lucía, la vida es una cima,
y en el lienzo del amor, seremos la entrega.

Oh, Lucía, reina de mis sueños dorados,
con tus ojos, dos luceros que al cielo asoman,
tejiendo en el aire dulces encantos,
en susurros de amor que el viento despliega,
en el rincón callado de mis pensamientos,
donde el tiempo se detiene, y la luz se adorna.

Eres flor de un jardín donde el alba respira,
fragancia que embriaga los sentidos cautivos,
y en tu risa, el eco de un canto divino,
mientras danzan las sombras al compás de un lira,
y el universo en su danza se torna contigo,
despertando en su esencia los sueños perdidos.

Bajo el manto estrellado que el cielo ofrece,
en el murmullo sereno de la brisa,
las olas susurran secretos de vida,
y en cada nota suave que el aire establece,

mi corazón se entrega, mi ser se desliza,
pues en ti encuentro paz, mi dulce salida.

Tus labios, pétalos rojos que el sol acaricia,
son néctar y fuego que al alma encienden,
y en la danza sutil que el destino pretende,
cada latido es un verso que el amor precisa,
cual canto de sirenas que al mar extiende
la melodía eterna que en tu abrazo se ofrende.

Oh, Lucía, luz que ilumina las sendas,
tus ojos, dos espejos donde se reflejan
los destellos sagrados que el alma despejan,
y en el silencio profundo donde el tiempo se enmienda,
mis pensamientos vagan, por fin se despejan,
y el amor se revela en su esencia, su ofrenda.

Cuando el alba despierte y el día florezca,
y el mundo despierte en la luz de la vida,
mi voz, cual murmullo que el viento anida,
te llamará, oh Lucía, cual estrella que crezca,
y en la danza sutil de una eterna partida,
hallaremos la esencia de una historia querida.

Así, en estas silvas que el viento acaricia,
te ofrezco mis versos, mi amor en su esencia,
pues en cada palabra late tu presencia,
y en el abrazo eterno, el tiempo se inicia,
te hallaré, oh Lucía, en la bruma, la ciencia
del amor que se alza, la pura experiencia.

Cada día que pasa, cada instante vivido,
es un canto a la vida, un tributo sincero,
donde el amor se despliega como un gran sendero,
pues en ti, oh Lucía, se encuentra lo querido,
y en la luz de tus ojos, el sueño es certero,
en la sinfonía eterna, el amor es primero.

En el rincón callado donde el sol se adormece,
las hojas murmuran secretos del viento,
y el alba se asoma con tierno lamento,
oh Lucía, eres tú quien mi ser aderece.
Con tu risa se enciende la vida que estremece,
eres la melodía que el alma está buscando.

Los ríos son ecos de amores perdidos,
en sus aguas reflejan el brillo divino,
y en el vaivén sutil del destino,

cada gota en su danza recuerda los latidos,
de un amor que florece entre sueños queridos,
bajo cielos dorados, un paraíso genuino.

Tus ojos, dos faroles que iluminan mi senda,
son el refugio eterno donde el tiempo se apaga,
y en su luz titilante, el alma se despliega,
como un ave que vuela, que al viento encomienda
sus anhelos profundos; en su brillo se ofrenda
un susurro de amor que la distancia niega.

Oh, Lucía, en la sombra que abraza la noche,
cada paso que das es un verso en el aire,
cada mirada tuya es un canto que arde,
y el mundo se transforma en tu esencia derroche.
Mis labios, en el eco de tu risa se abroche,
pues el tiempo es un río que nunca se pare.

En la danza serena donde el día se oculta,
y el cielo se tiñe de luces de fuego,
mi corazón se aferra al latido sin ruego,
y el universo en su danza, mi vida sepulta.
Así, en la penumbra que el alba resulta,
se entrelazan las almas que el amor hace ciego.

Oh, Lucía, en tus brazos el mundo se aquieta,
como un sueño profundo que nunca se apaga,
y el eco de tu voz, cual susurro que embriaga,
se convierte en el canto que la vida completa.
Con cada verso tuyo, el destino se inquieta,
y el amor que en tu esencia, mi alma despliega.

Cuando el tiempo se detenga en su andar constante,
y el viento susurre secretos de la bruma,
te buscaré, oh Lucía, en la eterna penumbra,
donde el amor se despliega en su danza vibrante.
Seremos dos en uno, en un abrazo amante,
en el rincón sagrado que al alma se encumbra.

Así, en esta silva, mi voz se alza al cielo,
te ofrezco mi entrega, mis sueños, mi vida,
pues en ti, oh Lucía, el amor se anida,
y en el canto eterno, encuentro mi anhelo.
Tu luz es mi guía, mi refugio, mi anhelo,
en el rincón del tiempo donde el amor se anida.

En la penumbra suave de un ocaso dorado,
donde el cielo se viste con tonos anhelantes,
y las sombras se alargan como sueños vibrantes,

te busco, oh Lucía, mi amor soñado.
Con tu risa se quiebran los ecos del pasado,
y mi alma se eleva en tus brazos constantes.

Eres la melodía que en el viento se asoma,
la luz que ilumina mis noches perdidas,
en el murmullo suave de palabras medidas,
cada latido es un canto que el silencio se toma.
Oh, Lucía, en tus ojos la vida se entroma,
y el tiempo se detiene en caricias sentidas.

En la fragancia dulce de un jardín de estrellas,
donde el alba despierta en su danza de luces,
las flores murmuran secretos que seduces,
y el aire se llena de susurros a destellas.
Cada hoja que cae, cada brisa que huellas,
es un eco de amor que en mi pecho deduces.

Tus labios, cual rubíes que el sol ha encontrado,
son néctar y fuego que la vida adorna,
y en su roce sublime, la tristeza se torna,
pues el mundo se tiñe de sueños sagrados.
Oh, Lucía, en tu esencia el amor ha brotado,
y en el abrazo eterno, el tiempo se transforma.

Cuando el sol se oculta y la luna se asoma,
y el cielo se viste de un manto estrellado,
te encuentro en mis versos, en cada suspiro amado,
pues en ti, oh Lucía, la tristeza se borra.
Eres la sinfonía que el corazón toma,
la melodía eterna que nunca se ahoga.

Así, en esta silva que el viento acaricia,
te ofrezco mis sueños, mis anhelos en rima,
pues en ti, oh Lucía, se encuentra la cima,
y el amor es un canto que al alma delicia.
Cada palabra tuya, cual agua que se inicia,
es un río eterno que en mi pecho se anima.

Oh, Lucía, luz brillante en la noche oscura,
en tu abrazo, la vida se vuelve un poema,
donde el tiempo es un sueño, y la pasión, un tema
que florece en el aire, en su danza segura.
Así, en esta balada que al viento murmura,
mi corazón te canta, oh musa que se quema.

Cada estrella que brilla en el vasto firmamento,
es un reflejo tuyo que el cielo despide,
y en cada latido, el amor se decide,

pues en ti, oh Lucía, hallo mi aliento.
Cuando el tiempo se detenga en su suave movimiento,
seremos dos en uno, en un abrazo sin límite.

Así, en esta silva que al cielo se eleva,
mi voz será un eco que al viento se ofrenda,
pues en ti, oh Lucía, la vida se enmienda,
y en cada verso tuyo, el alma se renueva.
Te buscaré en el alba, donde el amor se entrega,
y en la luz de tus ojos, el sueño se enreda.

En el jardín secreto donde el tiempo se pliega,
y los susurros danzan como aves del viento,
te hallo, oh Lucía, mi amor y mi aliento,
la flor que en mi pecho dulcemente se riega.
Tu voz es el canto que mi ser se despliega,
en la brisa suave que el anhelo ha nutrido.

Eres luz en el oscuro, sol de mi destino,
la sombra que acaricia mis días y anhelos,
y en el eco profundo de los más bellos cielos,
mi corazón se rinde a tu amor divino.
Así, en cada suspiro, te ofrezco mi camino,
pues en ti, oh Lucía, el amor es un vuelo.

Cuando la noche asome, y la luna se asiente,
en el manto estrellado que el cielo despliega,
mis pensamientos vagan, mi alma se niega
a perderse en la sombra de un destino ausente.
Te busco, oh Lucía, cual estrella fulgente,
en el rincón del tiempo donde el amor se entrega.

Cada beso que ofreces es un fuego encendido,
una llama que danza en el frío del viento,
un abrazo eterno que alivia el tormento,
y en tu risa se encuentra lo que yo he querido.
Oh, Lucía, en tu luz, el amor es querido,
y en el canto sincero, se disipan los lamentos.

Así, en esta silva, mi voz se torna eterna,
pues en ti encuentro calma, en tu esencia, mi abrigo,
y en el roce sutil de un amor que persigo,
mi corazón te nombra, mi vida se interna.
Cada verso que fluyo, cada instante que tierno,
es un tributo sincero a la luz que me abriga.

Oh, Lucía, en el alba donde el día se asoma,
te buscaré en la bruma que el silencio ha dejado,
y en la danza sagrada del amor consagrado,

seremos dos en uno, en un abrazo que se toma.
Así, en esta balada que mi alma se toma,
mi voz será un eco que a tu amor ha llegado.

En la noche serena donde el silencio se abriga,
bajo el manto estrellado que el tiempo teje,
las sombras se alargan, y mi alma se aleje,
te busco, oh Lucía, cual estrella que brilla.
Eres el canto eterno que mi ser anhela,
la flor que en mis sueños florece y se rinde.

Cada rayo de luna acaricia tu imagen,
y en su luz resplandeciente, la vida despierta,
los ecos de tu risa, cual melodía incierta,
se deslizan en el aire, suaves como un viaje.
Oh, Lucía, en tus ojos, mi universo se asiente,
y el tiempo se detiene, en su danza perfecta.

En el jardín callado de un mundo olvidado,
donde el viento susurra secretos antiguos,
te encuentro, mi musa, en un rincón ambiguo,
y en cada hoja que cae, un deseo sembrado.
Eres la sinfonía que al alma hace canto,
la luz que en mis noches se vuelve esperanza.

Tus labios, dulces néctares que el sol ha besado,
son el fuego ardiente que aviva mi esencia,
y en tu abrazo, oh amor, hallo la trascendencia,
pues en ti se anidan los sueños deseados.
Oh, Lucía, mi vida, en tu amor se hace canto,
cada latido es un verso que nunca se cansa.

Cuando el día se apaga y el ocaso nos llama,
y las sombras se extienden sobre el suelo callado,
en el brillo del cielo, un destino sagrado
te trae, oh Lucía, a mis brazos de llama.
Así, en esta balada, mi voz se hace trama,
te ofrezco mi entrega, mi corazón tan amado.

Oh, Lucía, en el alba, donde el tiempo despierta,
mi amor por ti florece como un río caudaloso,
y en su cauce repleto de sueños amorosos,
cada verso que escribo es un himno que alerta.
Seremos, mi amada, la unión que se reinventa,
en el susurro eterno que el amor ha forjado.

Así, en esta silva que al viento se entrega,
mi corazón te canta en el eco del día,
pues en ti, oh Lucía, se encuentra la armonía,

y el amor, como un río, nos lleva y despliega.
Cuando el tiempo se apague y el silencio despliega,
seremos dos en uno, en la danza que guía.

En el horizonte claro donde el sol se levanta,
mi voz será un eco que el viento despida,
y en la danza de estrellas que el cielo anida,
te hallarás, oh Lucía, en la bruma que encanta.
Cada verso que fluyo es un canto que espanta
la soledad, y en ti, la vida es compartida.

En el silencio profundo donde el tiempo se cierra,
y la luna se asoma con su luz plateada,
las estrellas titilan, y mi alma, anhelada,
te busca, oh Lucía, cual brisa que se aferra.
Eres el susurro que la noche destierra,
la melodía pura que en mi ser se agrada.

Tus ojos, dos faroles que el día ilumina,
en su brillo profundo, la tristeza se apaga,
y en cada palabra que con amor se despliega,
mi corazón te llama, cual flor que se adivina.
Oh, Lucía, en tu abrazo, la vida se inclina,
y el tiempo se transforma en un canto que embriaga.

En la fragancia dulce de un jardín florecido,
donde los sueños danzan al son de la brisa,
te encuentro, mi musa, en una paz precisa,
pues en ti se revela lo que siempre he querido.
Así, en esta balada que al viento ha nacido,
mi amor se eleva en versos, cual ave que se eriza.

Cuando el día se apaga y la noche se cierne,
y el silencio se apodera del mundo callado,
mi voz será un eco de un amor consagrado,
y en la danza sutil de lo eterno se aduerne.
Oh, Lucía, mi vida, en tu amor se mecerne,
y el universo en su canto se vuelve un legado.

Así, en esta silva que los sueños despliega,
te ofrezco mis versos, mis anhelos profundos,
pues en ti, oh Lucía, hallo el sentido del mundo,
y en cada beso tuyo, la vida se despliega.
Eres la sinfonía que el amor nos entrega,
y el fuego eterno que nunca se hace segundo.

Cada estrella que brilla en el vasto firmamento
es un reflejo tuyo que el cielo me regala,
y en cada latido, la vida se iguala,

pues en ti, oh Lucía, encuentro el renacimiento.
Cuando el tiempo se acabe y el silencio sea lento,
seremos dos en uno, el amor que se ensala.

Así, en esta silva, mi voz se alza al cielo,
te ofrezco mi entrega, mis sueños y mi canto,
pues en ti, oh Lucía, la vida es un encanto,
y en el roce sutil de un amor sin desvelo,
te buscaré, oh Lucía, en la danza del vuelo,
donde el amor florece, cual fuego que levanto.

En la penumbra dulce donde el viento suspira,
donde el eco del tiempo murmura en silencio,
bajo cielos dorados que el alma hace intenso,
mi corazón, oh Lucía, a tu amor se adhiere,
como el río que fluye en su curso, se retira,
al abrazo sagrado de un dulce conocimiento.

Tus ojos, dos luceros que brillan en la noche,
son el faro que guía mis pasos perdidos,
en el laberinto eterno de sueños queridos,
cada parpadeo tuyo, oh amada, un derroche,
que en la bruma del tiempo, su luz se despoche,
y mi ser, cautivado, por ti ha sido herido.

Oh, Lucía, en tu risa, un canto se desliza,
es la melodía que arrulla mis anhelos,
como el canto de las aves que en días sin cielos,
anhelan la llegada de un sol que precisa,
despertar en el alba, dejar la bruma imprecisa,
y en tus brazos encontrar el amor en los velos.

Tus labios, dulces pétalos de rosas frescas,
son el néctar divino que embriaga mis sentidos,
un susurro que enciende mis deseos vencidos,
y en cada roce tuyo, el amor se enriquezca,
pues en la danza eterna, mi alma se sumerge,
en el océano vasto de un querer sin medida.

Cuando el día se apaga y la luna se asoma,
las estrellas titilan, y mi pecho se abriga,
pues en la calma fría donde el mundo se rinde,
te busco, oh Lucía, en la sombra que clama,
cada latido es un verso que mi amor sostiene,
una sinfonía eterna que la vida me brinda.

Así, en esta balada que al viento se entrega,
mis palabras son flores que brotan en tu senda,
cada nota que emana, un deseo que encomienda

a la luz de tu esencia, donde el amor se aferra.
Oh, Lucía, en el alba, cuando el día se niega,
seremos dos en uno, en la danza que ofrenda.

A ti, oh musa eterna, le canto mi entrega,
y en cada estrofa escrita, mi alma se despierta,
pues en ti, oh Lucía, el tiempo se hace fiesta,
y el amor se despliega en su esencia sincera.
En el rincón sagrado donde el corazón juega,
hallaremos la calma que al dolor despeja.

Cuando la vida cese y el silencio nos junte,
y el susurro del viento se vuelva una plegaria,
te buscaré, oh Lucía, en la bruma diaria,
donde el eco del amor nunca se desuncie.
Así, en esta balada, el tiempo se deslumbre,
y en el abrazo eterno, hallaré mi victoria.

Con cada verso que nace, mi voz se hace bruma,
pues en ti, oh Lucía, el amor se revela,
y en la danza divina que al mundo consuela,
seremos dos en uno, sin miedo a la penumbra.
Así, en esta balada que mi corazón suma,
mi amor por ti, oh Lucía, es la eterna estrella.

En el crepúsculo suave donde el alma suspira,
te encuentro, oh Lucía, cual estrella que emerge,
en el vasto firmamento donde el tiempo se rinde,
y el eco de los sueños a mi ser se retira.
Tus ojos, luceros en la noche que giran,
son el faro fulgente que mi sendero enciende.

Oh, diosa de mis versos, musa del profundo,
en el jardín secreto donde el amor se anida,
cada pétalo de rosas lleva tu nombre en su vida,
y el aire se perfuma con un aroma fecundo.
Eres canto etéreo que trasciende el vagabundo,
la luz que disipa las sombras de mi herida.

Tus labios, dulces ángeles que el néctar regalan,
son la fuente divina que a mi pecho seduce,
y en el roce sutil donde el deseo se induce,
mi alma se rinde a tu esencia, y en ti se exhalan
los suspiros callados que el viento apaciguara,
pues en tu abrazo hallo el cosmos, y su dulzura.

Oh, Lucía, en tu risa florece la esperanza,
cual melodía suave que el viento mece,
y el tiempo se detiene, el silencio se ofrece,

pues cada instante contigo es la eterna confianza.
Así, en la sinfonía que el destino lanza,
mi amor por ti se eleva, y al cielo se adhiere.

Cuando la noche asome y el mundo se aquiete,
las estrellas titilan en un juego de luces,
y en susurros callados, los ecos deduces
de un amor que resuena, que jamás se sujete.
Oh, Lucía, en el alba donde el día se rete,
seremos la sinfonía que el corazón induce.

En el rincón profundo donde el tiempo se aquieta,
te ofrezco mis versos, cual ofrenda sincera,
cada palabra escrita, cada estrofa entera,
es un canto eterno que a tu ser se completa.
Eres la esencia pura que mi alma interpreta,
la llama divina que al amor se reitera.

Así, en esta balada que el viento atesora,
mi voz se hace eco de un amor que no muere,
pues en ti, oh Lucía, el mundo se conmueve,
y en el roce suave de una vida que explora,
hallamos el refugio donde el corazón llora,
y el amor, en su abrazo, a la tristeza quiebre.

Cuando el silencio envuelva nuestras almas errantes,
y el tiempo se disuelva en la bruma callada,
te buscaré, oh Lucía, en la senda dorada
donde el eco del amor nunca es menos constante.
Así, en esta balada que el destino levante,
seremos dos en uno, la gloria deseada.

Oh, Lucía, mi musa, la luz que me guía,
en cada paso que doy, en cada decisión,
mi corazón es un canto, una eterna canción,
que celebra tu esencia, la eterna armonía.
Y cuando el tiempo cese y el amor se repliegue,
seremos el susurro que el viento acaricia.

En la umbría del ocaso donde el sol se retira,
te busco, oh Lucía, cual áurea esperanza,
entre las sombras del día que la noche abalanza,
mi alma errante clama por tu luz que se inspira.
Eres la musa que enciende mi fuego y suspira,
y en tu mirada etérea, la vida se afianza.

Tus ojos, dos luceros que la noche engalanan,
son el espejo divino donde el cosmos se mira,
cual estrellas en danza que el destino admira,

y en su fulgor, las sombras de mi ser se disipan.
Oh, Lucía, en tu risa el universo se afana,
y en el susurro tierno de tu voz, se determina.

Tus labios, cual nectarinos que la ambrosía envuelven,
son la fuente bendita donde mi amor se apura,
y en el roce de tu piel, encuentro la locura
que mi espíritu envuelve y a la vida se eleven.
Oh, Lucía, en tu esencia, el tiempo se disuelve,
y el amor florece eterno, sin temor que lo muerda.

Cuando la luna asciende y el silencio se expande,
las estrellas, cual coro, entonan suaves cánticos,
y en susurros secretos, en giros tan cálidos,
mi corazón se rinde a lo eterno, se expande.
Así, en la fragancia que el viento se mande,
mi voz se convierte en eco de amores tan míticos.

Eres el sol radiante que mi día ilumina,
la rosa que en el jardín del tiempo se mece,
y en cada lágrima que el pasado me ofrece,
hay un destello tuyo que mi ser ilumina.
Oh, Lucía, en tu abrazo, la pena se encamina,
y el amor se transforma en pura melodía.

Así, en esta balada que al cielo se eleva,
mi canto es un homenaje a tu esencia divina,
cada verso es un puente que a tu ser se aproxima,
y en cada rima hallo la paz que me renueva.
Oh, Lucía, en tu luz, el amor se despliega,
y el universo responde con su mágica sintonía.

Cuando el tiempo se agote y el silencio se asiente,
te buscaré en el alba, donde el sol se despierte,
en la penumbra callada donde el amor se cierne,
y en el eco profundo de un deseo latente.
Así, en esta balada que el destino presente,
seremos dos en uno, un amor que no muerde.

Oh, Lucía, mi diosa, la flor de un edén oculto,
en cada paso que doy, en cada respiración,
mi corazón es un canto, una eterna canción,
que celebra tu esencia, y a tu amor lo tumulto.
Y cuando el tiempo cese y el universo sea fruto,
seremos el susurro que eternamente se funde.

En el ocaso reverberante donde el sol cede su reinado,
y las sombras se deslizan cual susurros furtivos,
te busco, oh Lucía, entre brumas de anhelos altivos,

en un jardín secreto donde el tiempo es sagrado.
Eres la musa divina que ha inspirado mi legado,
la luz que en mi existencia se vuelve un canto vivido.

Tus ojos, dos luceros que en el abismo relucen,
son espejos del firmamento que en mi pecho se asientan,
cada destello en su danza las tinieblas ausentan,
y en su profundidad diáfana, mis deseos inducen.
Oh, Lucía, en tu risa la alegría se traduce,
como el canto de un ruiseñor que al amanecer se presenta.

Tus labios, dulces néctares de ambrosía venerada,
son la fuente inagotable que sacia mi desvelo,
y en el roce de tu piel, encuentro el cielo y el suelo,
cada beso un poema que a mi corazón esparcida.
Oh, Lucía, en tu abrazo, la vida es una balada,
y en tu amor eterno, mi existencia es erguida.

Cuando la luna asome y el silencio se adueñe,
las estrellas, cual guardianas, sus secretos murmuran,
y en susurros profundos, los ecos de tu ternura
tejen hilos dorados que el destino se empeñe.
Así, en la fragancia que el viento sostiene,
mi alma se entrelaza con tu esencia, pura y dura.

Eres el sol radiante que mis días ilumina,
la rosa en el jardín donde florece la esperanza,
y en cada lágrima que del pasado se lanza,
hay un reflejo tuyo que mi ser se determina.
Oh, Lucía, en tu luz, el dolor se declina,
y el amor se convierte en sublime confianza.

Así, en esta balada que la brisa mece,
mi voz es un eco que reverbera en el aire,
cada verso es un puente que acerca nuestro baile,
y en cada rima hallo la paz que me fortalece.
Oh, Lucía, en tu esencia, el amor se endereza,
y el universo responde a nuestro amor que no muere.

Cuando el tiempo se agote y el silencio se instaure,
te buscaré en la aurora, donde el sol despereza,
en la penumbra callada, donde el amor se expresa,
y en el eco profundo de un deseo que saure.
Así, en esta balada que los astros proclame,
seremos dos en uno, un amor que no cede.

Oh, Lucía, mi diosa, en este mundo incierto,
en cada paso que doy, en cada suspiro,
mi corazón es un canto, un verso que expiro,

que celebra tu esencia, mi refugio perfecto.
Y cuando el tiempo cese y el universo sea cierto,
seremos el susurro que eternamente se teje.

En los pliegues del destino, donde el azar se detiene,
mi amor por ti, oh Lucía, es un río que no cede,
y en la danza del tiempo, donde el dolor se enajene,
seremos el legado que la historia sostiene.
Así, en cada palabra que al viento se encomiende,
te ofrezco mi vida, y mi amor que no muere.

Cuando el ocaso sea el último paso del día,
y las sombras se expandan en la danza callada,
mi voz será un eco de la historia soñada,
y en la serenidad que el silencio envuelve,
te buscaré, oh Lucía, donde el amor se desliza,
y en tus brazos hallar la eternidad soñada.

Eres la flor divina que en mi corazón brota,
la savia que me nutre y en mi ser se apodera,
y en la esencia de tu ser, la vida se libera,
en el crisol del tiempo donde el amor flota.
Oh, Lucía, mi inspiración, mi alma se reboza,
y en cada latido, por ti siempre espera.

En el umbral del crepúsculo, donde los dioses reposan,
donde el tiempo, cual río, se desliza en su cauce,
te busco, oh Lucía, en la penumbra que abrace
las sombras del ocaso y las estrellas curiosas.
Eres la epifanía que en mis sueños se posan,
la diosa que ilumina el camino que se hace.

Tus ojos, dos astros fúlgidos que la noche adornan,
son el reflejo fulgente de un universo profundo,
cada destello en su danza, cual fuego vagabundo,
despiertan los anhelos que mi alma transforma.
Oh, Lucía, en tu risa, las musas se retornan,
y en cada eco de tu voz, el amor se hace fecundo.

Tus labios, cual néctar de flores que el viento enmarca,
son la esencia sagrada que mis sentidos enajena,
y en el roce de tu piel, la eternidad se frena,
cada beso, un poema que el destino destaca.
Oh, Lucía, en tu abrazo, la vida se desmarca,
y en tu amor eterno, mi espíritu se ordena.

Cuando la luna asome y el silencio se imbuya,
las estrellas, cual faros, sus secretos comparten,
y en susurros profundos que el viento resguarde,

mi corazón se rinde a la armonía que intuyo.
Así, en la fragancia que el viento desluzca,
mi alma se entrelaza con tu esencia, que parte.

Eres el sol que irradia mis días ensombrecidos,
la rosa en el jardín donde brota la esperanza,
y en cada lágrima que del pasado se lanza,
hay un reflejo tuyo que mi ser ha consumido.
Oh, Lucía, en tu luz, el dolor se afina,
y el amor se eleva en la danza que alcanza.

Así, en esta balada que el viento propaga,
mi voz se hace eco de un amor que perdura,
cada verso es un puente que la distancia augura,
y en cada rima hallo la paz que me embriaga.
Oh, Lucía, en tu esencia, la vida se despliega,
y el universo responde a la ardiente locura.

Cuando el tiempo se agote y el silencio se instaure,
te buscaré en la aurora, donde el sol esculpe,
en la penumbra callada, donde el amor se exculpe,
y en el eco profundo de un deseo que aclare.
Así, en esta balada que el destino procure,
seremos dos en uno, un amor que no muerde.

Oh, Lucía, mi diosa, en este mundo incierto,
en cada paso que doy, en cada suspiro,
mi corazón es un canto, un verso que expiro,
que celebra tu esencia, mi refugio perfecto.
Y cuando el tiempo cese y el universo sea cierto,
seremos el susurro que eternamente se aferra.

En los pliegues del destino, donde el azar se detiene,
mi amor por ti, oh Lucía, es un río que no cede,
y en la danza del tiempo, donde el dolor se encomienda,
seremos el legado que la historia sostiene.
Así, en cada palabra que al viento se encomiende,
te ofrezco mi vida, y mi amor que no muerde.

Cuando el ocaso sea el último paso del día,
y las sombras se expandan en la danza callada,
mi voz será un eco de la historia soñada,
y en la serenidad que el silencio envuelve,
te buscaré, oh Lucía, donde el amor se desliza,
y en tus brazos hallar la eternidad soñada.

Eres la flor divina que en mi corazón brota,
la savia que me nutre y en mi ser se apodera,
y en la esencia de tu ser, la vida se libera,

en el crisol del tiempo donde el amor flota.
Oh, Lucía, mi inspiración, mi alma se reboza,
y en cada latido, por ti siempre espera.

En la penumbra crepuscular, donde el sol se desdibuja,
en el horizonte ardiente donde los dioses vigilan,
te busco, oh Lucía, en el susurro que destilan
las brisas etéreas que el tiempo en su danza huya.
Eres la personificación del amor que perpetúa,
la musa que engalana mis sueños, cual brillante orquídea.

Tus ojos, dos astros fulgentes que en el firmamento danzan,
son faros que iluminan los senderos perdidos,
cada destello en su mirada, un hechizo encendido,
que desata mis anhelos y las dudas desplazan.
Oh, Lucía, en tu risa, el universo se alcanza,
y en el eco de tu voz, el amor se hace ruido.

Tus labios, cual néctar de ambrosía que el cielo destila,
son la fuente sagrada que apacigua mi tormento,
y en el roce de tu piel, encuentro el firmamento,
cada beso es un poema que mi ser estila.
Oh, Lucía, en tu abrazo, la vida se destila,
y en la eternidad de tu amor, mi esencia se presenta.

Cuando la luna emerja y el silencio se despliegue,
las estrellas, cual guardianes, sus secretos comparten,
y en susurros profundos que el viento constante
tejen la trama sagrada que a mi alma se niegue.
Así, en la fragancia que el viento se rinde,
mi ser se entrelaza con tu esencia, pura y eterna.

Eres el sol radiante que mis días fulminan,
la rosa en el jardín donde la esperanza brota,
y en cada lágrima que del pasado se nota,
hay un reflejo tuyo que en mi alma ilumina.
Oh, Lucía, en tu luz, el dolor se determina,
y el amor se transforma en sublime devoción.

Así, en esta balada que los ecos arrastran,
mi voz se torna eco de un amor que no muere,
cada verso es un puente que la distancia adere,
y en cada rima hallo la paz que nunca se desgasta.
Oh, Lucía, en tu esencia, el amor se reinventa,
y el universo responde a la ferviente emoción.

Cuando el tiempo se extinga y el silencio se afiance,
te buscaré en la aurora, donde el sol despierta,
en la penumbra callada, donde el amor se asienta,

y en el eco profundo de un deseo que avanza.
Así, en esta balada que el destino balance,
seremos dos en uno, un amor que se siente.

Oh, Lucía, mi diosa, en este mundo incierto,
en cada paso que doy, en cada suspiro,
mi corazón es un canto, un verso que expiro,
que celebra tu esencia, mi refugio perfecto.
Y cuando el tiempo cese y el universo se muestre,
seremos el susurro que eternamente persiste.

En los pliegues del destino, donde el azar se detiene,
mi amor por ti, oh Lucía, es un río que no cede,
y en la danza del tiempo, donde el dolor se enajena,
seremos el legado que la historia sostiene.
Así, en cada palabra que al viento se encomiende,
te ofrezco mi vida, y mi amor que no muerde.

Cuando el ocaso sea el último paso del día,
y las sombras se expandan en la danza callada,
mi voz será un eco de la historia soñada,
y en la serenidad que el silencio envuelve,
te buscaré, oh Lucía, donde el amor se desliza,
y en tus brazos hallar la eternidad soñada.

Eres la flor divina que en mi corazón brota,
la savia que me nutre y en mi ser se apodera,
y en la esencia de tu ser, la vida se libera,
en el crisol del tiempo donde el amor flota.
Oh, Lucía, mi inspiración, mi alma se reboza,
y en cada latido, por ti siempre espera.

Si el astro premnóstico vierte su lumbre
en la linfa eónica de tus pupilas,
donde el celeste vapor se deslumbra
y el éter ondula sus ninfas tranquilas,
yo en cada reflejo, absorto, postrado,
tallara mi sombra con pulso sagrado.

Si el aura ceñida de lánguidas rosas
esparce su aroma de oro y de nieve,
forjara de mirtos guirnaldas umbrosas,
y en ellas mi alma dormida se mueve.
Oh tú, que en la cumbre de un alba sonoras
cincelas los himnos de luces auroras.

Si el piélago nutre su voz sin orillas,
si el céfiro incuba su lira espumosa,
yo fuera la nave que en vagas derivas

se aferra a la estela de sombra piadosa,
y en torno a tu huella de diáfana huida
cincela un poema que venza la vida.

Si el mármol del tiempo lacera tu estío,
y el duro destino en sombras te ahoga,
seré un Prometeo que en antro sombrío
te ofrezca su fuego sin miedo a la soga.
Que más que los dioses mi alma te adora,
y en brumas, y en siglos, mi amor no se azora.

Si un día los astros desvían su enigma,
y un hado funesto decreta tu ausencia,
seré como Orfeo que en lírica estigma
desgarra del Hades la helada clemencia.
Oh ninfa, oh deidad, oh pálida efigie,
mi ruego será tu refugio y vestigio.

Si en lóbregos años mi nombre se borra,
y el polvo del tiempo mis huellas destierre,
seré el epitafio que el viento socorra,
seré la palabra que nunca se cierre.
Pues aun en el luto de mundos postreros,
mi sombra te sigue, mis labios son fieros.

Si el viento trastorna su canto de bronce,
y se tornan el fuego en tu lánguida piel,
mi alma será llama que arda sin monte,
seré el incendio que avanza y no muere,
porque tu calor, oh Lucía, me quema,
y en tu fuego mi ser se eterniza y se extiende.

Si la luna, errante, oscura su faz pura,
y la noche acoge su manto en su pecho,
seré el farol que, perdido en la espesura,
alumbra tu senda con su fuego estrecho.
Seré la vigilia, el guardián del olvido,
un rayo de luz en tu caminar herido.

Si el ocaso amenaza de sombra mi aliento,
y los dioses imponen su férrea voluntad,
yo abriré las puertas del tiempo y del viento,
y aunque al fin caigan los muros de la verdad,
seré tu luz, tu sombra, tu cielo sereno,
y mi voz te seguirá, a ti, Lucía, mi terreno.

Si el fin de los siglos redime mi amparo,
y la muerte acecha tu rostro silente,
seré la estrella que aún desde lo raro

te guíe en las sombras de un cosmos fluente.
Y en la quietud del abismo y la nada,
seré la llama que siempre te llama.

En un rincón del vasto universo,
donde el tiempo se pliega en un susurro sutil,
habita Lucía, estrella de un cielo febril,
su esencia es un verso que arrastra el universo.
Oh, musa de mil sombras, de luz y de anhelos,
en la danza del viento, tu voz se hace canto,
un eco que se quiebra en la bruma del llanto,
y en cada palabra tuya, la vida es un cielo.

Eres la aurora que despierta la lira,
el rocío sagrado que baña las flores,
un canto de ángeles, de antiguos temores,
en tu andar se desliza la magia que inspira.
Oh, Lucía, etérea, tu risa es un puente
entre mundos olvidados, entre sueños fugaces,
donde el alba se tiñe de espejos audaces,
y el dolor se disuelve en un instante latente.

Tus ojos, luceros que rompen la noche,
son la luz que ilumina el abismo de sombras,
pues en ellos se guardan los secretos que nombran
la esencia del alma, su eterno derroche.

Eres el susurro que acaricia la piel,
la melodía dulce que se desliza al viento,
la esperanza que brota de un corazón lento,
y el eco de un poema que nunca tuvo un fin.

En la penumbra del tiempo, un misterio se asoma,
pues tu ser es el fuego que arde en la bruma,
un canto de sirenas que inunda la espuma,
y en tu presencia, el mundo se rinde y se toma.
Oh, Lucía, reina de lo etéreo y divino,
tus pasos son huellas de luz en el sendero,
y en el vaivén de tu risa, el amor es sincero,
un viaje eterno, un destino cristalino.

El ocaso se viste con ropajes dorados,
y en el crepúsculo claro de un día sin par,
te encuentro, oh Lucía, en el rincón del azar,
donde el viento susurra secretos callados.
Eres la musa que inspira mis versos perdidos,
la flor que florece en el jardín del ocaso,
la esencia que despierta en mi pecho el abrazo,
y en cada latido, mis sueños encendidos.

Cual río que fluye entre piedras y lianas,
así es tu presencia, un torrente de vida,
que arrastra las penas y deja una herida,
y en su cauce sereno, las dudas se apaciguan.
Oh, Lucía, destello en la noche estrellada,
en tu andar se entrelazan los ecos del tiempo,
la brisa que acaricia se convierte en un lamento,
y en cada susurro, la eternidad es cantada.

A través de los siglos, tu esencia persiste,
un eco en el viento que nunca se apaga,
la llama que se alza, la voz que se despliega,
y en cada mirada, el universo se viste.
Tus labios, oráculos que pronuncian el fuego,
y en su roce divino, el mundo se despierta,
pues en ti, oh Lucía, la vida es una puerta,
que se abre a lo eterno, a un tiempo sin ruego.

Oh, musa de mis días, en tu canto profundo,
te elevo mi voz, cual himno sincero,
y en cada palabra, un suspiro ligero,
te entrego mis versos, mis sueños fecundos.
Así, en esta balada, que eternamente florece,
mi amor será tu eco, tu sombra, mi abrigo,

y en el vasto abismo que el destino nos diga,
viviremos por siempre, donde el tiempo no crece.

En el silencio estelar, tu nombre se expande,
un mantra divino que resuena en la brisa,
y en la noche oscura, la luz que se precisa,
eres tú, oh Lucía, quien a mi alma demande.
A través del océano, en el viento, en la arena,
mi amor por ti danza como el fuego sagrado,
y en cada latido, en cada instante amado,
la balada que entono es un lazo que suena.

Así, en el ocaso de mis días errantes,
te busco en el rincón de un verso olvidado,
y en cada palabra que nunca ha callado,
te hallo, oh Lucía, entre sueños brillantes.
Eres la flor que embriaga el aire de amor,
la bruma que envuelve mis noches de anhelo,
y en este canto, mi corazón es tu suelo,
donde brota la vida, y florece el fervor.

En la penumbra de la noche estrellada,
donde el sopor del silencio entona su canto,
habita Lucía, diosa del oro y el llanto,

su presencia, enigma de belleza consagrada.
Delicada, como un verso en su trémula trama,
el eco de su risa reverbera en la bruma,
y en su mirar, un mundo, un abismo se asuma,
un fulgor en el aire, una lira que reclama.

Oh, Lucía, portadora de mil quimeras,
en tu andar se deslizan los ecos del tiempo,
las sombras se pliegan ante tu ligero aliento,
como la marea cede ante las primeras
luces del alba que disipan la calma,
tu nombre, un arrullo que susurra a la brisa,
en tus ojos, el cosmos, en tus labios la risa,
un canto de ángeles que despierta el alma.

¡Oh, sublime Lucía! Tu esencia es un vuelo,
un despliegue de luces, un misterio profundo,
pues en ti resplandece la fragancia del mundo,
y en cada paso tuyo, el universo se anhelo.
Eres la sinfonía que abriga los sueños,
la sutil cadencia que orquesta la vida,
la alborada celeste que ilumina la herida,
la musa que inspira los más altos empeños.

Cual orquídea en la selva de lo inefable,
tu risa, la savia que nutre el alma errante,
y en tu voz, un susurro que embriaga el instante,
tejiendo un tapiz de lo bello y lo admirable.
En el laberinto de tu ser se deslizan,
las palabras de un tiempo que nunca se apaga,
pues eres la llama que en mi pecho se fragua,
un deseo eterno que nunca se divisa.

A través del crepúsculo, tu imagen se asoma,
con la suavidad de un verso sutil y ardiente,
y en la bruma del alba, eres luz omnipresente,
la musa que en mi pecho susurra y se entona.
En cada paso que das, el destino se torce,
los astros se alinean, el tiempo se desvanece,
y en cada latido, la vida se establece,
pues en ti, oh Lucía, el universo se force.

Y así, en esta balada que a ti se consagra,
elevo mi voz como un canto divino,
pues en ti he encontrado el amor más genuino,
y el ardor de los cielos que el alma se abraza.
Oh, Lucía, inmortal, diosa del destino,
en cada verso, en cada rima, tú reinas,

como estrella en el cielo, cual lucero en la niebla,
tu esencia es el canto que nunca se termina.

En el ocaso dorado de un día sin par,
cuando la luna despierte entre sombras etéreas,
mi pluma, rendida, en el viento se aferra,
a tu ser, a tu sombra, que en mi pecho ha de estar.
Y así, oh Lucía, musa de lo arcano,
en esta balada que eternamente persiste,
mi voz será tu eco, y mi amor, un himno triste,
canto inmortal que en la noche se hace humano.

En la vasta inmensidad del cosmos sutil,
donde las estrellas susurran secretos callados,
habita Lucía, luminaria entre lo amado,
una musa de ensueño, un canto febril.
Con cada paso que das, la tierra reverbera,
y en la penumbra del alba, tu risa se asoma,
como un eco que danza, como un verso que toma
el aire y lo viste de luz, de manera sincera.

Oh, Lucía, encantadora de sueños perdidos,
en tus ojos se agitan los mares y los cielos,
y en tu voz, un murmullo de antiguos anhelos

que despliega sus alas y vuela en sus giros.
Tus labios, dos pétalos que el viento acaricia,
son la savia que nutre mi ardor y mi pena,
y en el roce divino, la vida se ordena
en un lienzo sagrado, donde el alma se inicia.

Cuando cae la noche, y el mundo se apaga,
en el refugio estelar, encuentro tu esencia,
una llama que arde en la oscura presencia
del misterio profundo que el tiempo no embriaga.
Oh, Lucía, vestal de la eterna armonía,
en tus brazos el tiempo se detiene y suspira,
cada latido es un verso que la bruma inspira,
y en tu mirada serena, la esperanza se guía.

Cual río que fluye entre piedras y sueños,
tu ser es un canto, un torrente viviente,
y en la cadencia suave de tu voz envolvente,
la vida se transforma, se siente, se empeña.
Oh, Lucía, tu luz es la ruta que sigo,
en la senda del alba, entre sombras doradas,
y en el vaivén del viento, mis dudas son llevadas
a un rincón olvidado, donde el amor es testigo.

Las flores que brotan en el jardín eterno
susurran tu nombre, y el aire lo lleva,
un aroma que embriaga, una danza que eleva
las almas errantes en su viaje eterno.
Eres la sinfonía que embriaga los sentidos,
la lluvia que acaricia el suelo cansado,
la risa de un niño que nunca ha llorado,
y en cada latido, un susurro encendido.

Oh, Lucía, inmarcesible, tu esencia perdura,
en los pliegues del tiempo, en el abrazo del viento,
pues en ti resplandece un amor sin lamento,
un faro que guía a la vida más pura.
Eres la musa que arde en los versos profundos,
la chispa divina que aviva mi deseo,
y en el fuego sagrado que en mi pecho pasea,
te encuentro, oh Lucía, el remanso fecundo.

Las noches estrelladas son testigos callados
de un amor que trasciende la piel y el destino,
pues en cada susurro, en cada verso divino,
mi alma se aferra a tus sueños soñados.
A través del abismo que el tiempo despliega,
te busco en la sombra, te encuentro en la luz,

y en cada latido, en cada brisa que induc,
mi amor es un río que jamás se despega.

En el ocaso dorado de un día sereno,
cuando el sol se despide y la luna despierta,
mi corazón, oh Lucía, en tu amor se encuentra,
y en la magia del instante, el tiempo es pleno.
Eres la melodía que enciende mi pecho,
la nota vibrante que el silencio estremece,
la palabra susurrada que mi alma teje,
y en tu abrazo divino, el universo es hecho.

Los ecos del pasado susurran en el aire,
y en cada recuerdo, tu imagen se asienta,
un poema olvidado que el viento alimenta,
y en la danza del tiempo, tu amor es mi estandarte.
Oh, Lucía, etérea, en el jardín de mi vida,
tus pasos son huellas que jamás se borrarán,
y en la fragancia eterna que a tu ser abrazarán,
la balada que entono es un canto que no olvida.

Así, en esta balada que al cielo se eleva,
mi voz será tu eco, tu sombra mi abrigo,
y en el vasto horizonte que el amor nos prodiga,

te encuentro, oh Lucía, y mi corazón se atreva
a soñar en tus brazos, a danzar en tu esencia,
donde el tiempo se quiebra y el amor es sin par,
en el rincón estelar que el destino guardará,
seremos, oh Lucía, un canto en la existencia.

Y al final de este viaje, cuando todo se apague,
y las estrellas se plieguen en el abrazo eterno,
en el eco callado de un amor sincero,
te hallarás en mis versos, y nunca se acabe.
Oh, Lucía, inmortal, guardiana de los sueños,
en la balada que entono, tu luz brillará,
y en cada palabra que el tiempo abrazará,
viviremos, oh Lucía, en nuestros designios.

En el vasto teatro del cosmos infinito,
donde los astros murmuran susurros ocultos,
habita Lucía, epifanía de lo tumultuoso,
una musa inmortal, en la penumbra bendito.
Oh, diosa de los sueños, guardiana del deseo,
en el vaivén del tiempo, tu luz es un estigma,
un relámpago eterno que en mi pecho se rima,
y en cada susurro tuyo, el universo se recreo.

Tu mirada, dos faros que iluminan la noche,
en sus profundidades se esconden mil mundos,
y en la danza de sombras, los ecos profundos
resuenan como ecos de un tiempo que brote.
Eres el río celeste que acaricia la orilla,
la fragancia que inunda el aire sagrado,
un canto de sirenas que el destino ha sembrado,
la flor que en el abismo su belleza destila.

Oh, Lucía, inefable, tus labios son el fuego,
la chispa que aviva la hoguera de mi vida,
y en el roce divino, la angustia se olvida,
un poema de amor que en mi pecho se ruego.
Eres el arte que danza en la brisa y el silencio,
la sinfonía eterna que arrastra las mareas,
el reflejo en la luna de mil primaveras,
la esencia sagrada de un instante inmenso.

Las estrellas, celosas, titilan en tu honor,
cada latido del viento lleva tu nombre,
y en la penumbra del alba, mi alma se asombre
al encontrar en tu ser la eternidad, el amor.
Oh, Lucía, radiante, en el ocaso del tiempo,
tu risa es la bruma que envuelve mis días,

un murmullo de voces que nunca se apían,
y en tu abrazo, el cosmos se vuelve un remanso.

Cual orquídea en el jardín de lo sublime,
tus pasos son acordes que la tierra entonó,
la voz del universo que el silencio abrazó,
y en la fragancia eterna, mi alma se redime.
Oh, Lucía, etérea, en la danza del viento,
te nombro y se quiebra el espacio en mil ecos,
cada palabra tuya es un destello en los huecos,
un canto celestial que transforma el momento.

A través de la bruma, tu esencia se revela,
como un suspiro divino en la penumbra clara,
y en cada latido, el tiempo se repara,
pues en tu ser encuentro la vida que anhela.
Oh, Lucía, tu luz es un faro distante,
una estrella que guía mis pasos errantes,
y en la noche estrellada, donde todo es constante,
mi amor se despliega como un sueño vibrante.

Cuando el ocaso tiñe de oro el horizonte,
y las sombras se rinden ante la claridad,
mi corazón, oh Lucía, en tu amor encontrará

la llama eterna que nunca se esconde.
Eres la melodía que entona el silencio,
la palabra susurrada en la fragancia del viento,
la musa que despierta el más puro sentimiento,
y en cada nota tuya, el mundo es un lienzo.

Oh, Lucía, inmortal, soberana de lo eterno,
en el rincón divino de este verso encarnado,
te entrego mis sueños, mi ser consagrado,
y en la balada que entono, el amor es eterno.
Así, en esta odisea que nos une en la bruma,
te encuentro en la sombra, te hallo en la luz,
y en el vasto abismo que mi alma induce,
viviremos, oh Lucía, donde el tiempo se asuma.

Y al final de los días, cuando el sol se apague,
y las estrellas titilen en un abrazo callado,
en el eco distante de un amor consagrado,
tu imagen será el faro que nunca se desgrave.
Oh, Lucía, en esta balada infinita,
mi voz será el viento que tu nombre resuene,
y en cada palabra, el universo se frene,
pues en ti, oh Lucía, la vida es bendita.

En el pálido crepúsculo de un mundo soñado,
donde el eco de lo eterno susurra en la brisa,
habita Lucía, esencia que eternamente se eterniza,
soberana de lo sublime, un sueño anhelado.
Oh, diosa de las musas, enigma inabarcable,
tu mirada, dos faros que en la noche relucen,
en cada parpadeo, los astros se introducen,
y el universo se rinde ante tu luz inquebrantable.

Oh, Lucía, luminaria en la penumbra danzante,
en tus labios florece la fragancia del arte,
cada palabra tuya, un cántico en parte,
que trasciende la realidad, dejando al amor vibrante.
Eres el susurro que anida en el viento,
la melodía sagrada que abraza las sombras,
la esencia de lo eterno que mi alma asombra,
y en tu presencia, el tiempo es un dulce tormento.

Los ecos de tu risa son brisas que arrullan,
son notas de un laúd que en el silencio resuena,
un canto que reverbera, un verso que se entrena
en el vaivén del destino, donde las almas se acurrullan.
Eres la sinfonía que al universo despierta,
la flor que en el jardín del cosmos se exhibe,

y en la bruma etérea donde el tiempo se vive,
tu esencia es un poema que la eternidad inyecta.

Oh, Lucía, espejo de lo inasible y puro,
en tu ser se conjugan las luces y las sombras,
y en el roce de tu piel, el destino se nombra,
mientras las estrellas en la noche se murmuran.
Eres el oráculo que al alma consuela,
el faro en la tormenta, la calma y el fuego,
y en cada paso tuyo, un poema se despliega,
tejiendo en el aire la magia que se revela.

En la danza de las horas, tu figura se erige,
como un ángel que flota entre sueños dorados,
y en el firmamento, los ecos consagrados
de un amor que se eleva, eterno, que no finge.
Oh, Lucía, inmortal, en el umbral de lo eterno,
tus ojos son abismos donde el alma se baña,
y en la luz de tu esencia, la esperanza se engaña,
pues el tiempo se pliega a tu fuego tierno.

Cuando la luna asome, fulgurante y callada,
y las sombras se abran a la luz de tu ser,
te encuentro, oh Lucía, y vuelvo a renacer,

pues en tus brazos hallo la paz deseada.
Eres el sol que abriga mi ser errante,
la poesía encarnada, el verso hecho carne,
y en cada susurro, un universo se arme,
y en cada mirada, la vida sea constante.

Las flores que brotan en el jardín sagrado
susurran tu nombre en un canto de miel,
y en el ocaso dorado, donde el tiempo es papel,
la esencia de tu amor es un regalo invaluado.
Oh, Lucía, radiante, en el ocaso divino,
tu risa es la bruma que acaricia el alma,
un murmullo de ángeles que el dolor desarma,
y en tu abrazo eterno, el destino es genuino.

Así, en esta balada que el viento consagra,
te ofrezco mi pluma, mi ser desbordado,
cada verso, un suspiro que nunca ha callado,
un himno a tu gloria, oh musa que no se apaga.
Y en el eco del tiempo, mi voz será un canto,
un lamento y un júbilo, un fuego que no muere,
pues en ti, oh Lucía, la vida se refiere,
y en cada palabra, mi amor es un manto.

Al final de este viaje, cuando el sol se apague,
y las sombras se plieguen en un abrazo eterno,
te hallarás en mis versos, inmortal y tierno,
serás el faro que nunca se desgaje.
Oh, Lucía, sublime, en esta odisea infinita,
mi voz resonará como un eco en la bruma,
y en el vasto abismo donde el amor se suma,
viviremos por siempre, donde el tiempo se quita.

En un rincón donde el tiempo se desdibuja,
donde los ecos de antaño murmuran secretos,
habita la sombra de un amor que perdura,
con trajes de oro y reflejos inquietos.
Lucía, oh musa de mundos perdidos,
en tu mirada se encienden los cielos,
las estrellas titilan en los lienzos heridos,
donde el pasado se aferra a los sueños.

Eras la llama que abrazó mi penumbra,
el susurro de un viento en un bosque encantado,
una danza de sombras que nunca se hunde,
en el abismo de un ocaso sagrado.
Las flores de los días marchitos florecían,
en los jardines sombríos de un amor en cautiverio,
y cada paso tuyo, Lucía, era poesía,
en un verso oculto de un dios etéreo.

Oh, la luna, testigo de noches calladas,
sus lágrimas caen en el lienzo del río,
donde las sombras se entrelazan en baladas,
y susurros etéreos componen el frío.

Las olas del mar, como ecos de antaño,
arrastran los restos de amores perdidos,
y yo, en el silencio, sin rumbo ni dueño,
me pierdo en el eco de tus ojos encendidos.

Los árboles murmuran historias antiguas,
sus raíces profundas abrazan el suelo,
y el viento, su aliento, despliega las alas,
tejiendo un tapiz de anhelos y anhelos.
Cada hoja que cae es un verso olvidado,
un canto que anhela el retorno a la vida,
y yo, como un náufrago, en el tiempo atrapado,
busco el refugio en la luz que se anida.

En la noche oscura, tu risa resuena,
como campanas lejanas en un templo dorado,
y el perfume de tu piel, como esencia serena,
me envuelve en un trance de amor desbordado.
Oh, Lucía, estela de un sol que se oculta,
en tus brazos hallé la eternidad,
y el cielo se abría, en su vasta consulta,
a desnudarse en la lluvia de tu verdad.

Pero el destino, cruel y caprichoso,
escribió en su libro una página amarga,
despojó a los amantes de su sueño hermoso,
y en su juego voraz, la esperanza se embriaga.
Las sombras celestiales se tornan en polvo,
los sueños se quiebran en el eco del viento,
y yo, errante en la bruma, busco tu rostro,
donde el amor, cual estrella, se ahoga en el tiempo.

Así, en la penumbra, mis versos resuenan,
como lamentos de almas que vagan perdidas,
y aunque el tiempo arrebate las luces que llenan,
la memoria de tu ser jamás será herida.
Oh, Lucía, en el abismo de lo inefable,
tu esencia perdura, un faro en la bruma,
y en cada palabra, en cada instante,
te encuentro en la sombra que nunca se apuma.

Las noches se alargan como sombras sombrías,
cada suspiro es un eco de anhelos lejanos,
y en los pliegues del tiempo, las melodías,
susurran los nombres de amores humanos.
Las estrellas, testigos de nuestros desvelos,
se visten de gala en el cielo estrellado,

y en cada destello, en cada destello,
resuena la risa de un amor consagrado.

Mas, ¿acaso el destino es solo un juego cruel?
Una danza de sombras que se apagan sin aviso,
en el vaivén del tiempo, donde todo es papel,
donde el amor se convierte en un fugaz hechizo.
Los ríos se entrelazan en el cauce del tiempo,
y mis pensamientos navegan en aguas de nostalgia,
recordando el latido, el fuego, el sentimiento,
de un amor que ardía en la bruma de la magia.

En cada rincón, en cada susurro,
tu esencia me envuelve como un suave abrigo,
y aunque la distancia dibuje un muro,
siempre serás el faro que guía mi camino.
El silencio, a veces, grita tu nombre,
y el viento acaricia los recuerdos perdidos,
y yo, solitario, en la sombra que se asombre,
busco el consuelo en tus ojos encendidos.

Oh, Lucía, faro en mi noche oscura,
en tu luz encuentro la razón de mi ser,
como el alba que asoma, dulce y pura,

eres la melodía que nunca deja de arder.
Las horas se escurren como arena en los dedos,
y cada instante a tu lado es un regalo divino,
una danza cósmica, un viaje sin miedo,
donde el amor es el lazo que nunca se aniquilo.

Así, en la penumbra, mis versos resuenan,
como lamentos de almas que vagan perdidas,
y aunque el tiempo arrebate las luces que llenan,
la memoria de tu ser jamás será herida.
Oh, Lucía, en el abismo de lo inefable,
tu esencia perdura, un faro en la bruma,
y en cada palabra, en cada instante,
te encuentro en la sombra que nunca se apuma.

Y si el destino, en su danza oscura,
cierra el telón de nuestra obra inacabada,
siempre serás el eco que perdura,
la balada infinita de un amor que no acaba.
Lucía, oh luz de lo eterno y lo eterno,
en cada latido, en cada suspiro,
serás mi canto, mi verso eterno,
la balada que anida en mi pecho herido.

En el laberinto de la mente, donde el tiempo se disuelve,
donde los sueños se entrelazan con las sombras del pasado,
se alza tu figura, Lucía, como un poema que se resuelve,
un canto de sirenas que en el abismo ha anidado.
Eres el susurro que embriaga las horas,
la melodía sagrada que despierta las almas,
y en cada latido, en cada verso que aflora,
te busco en el silencio de mis más profundos palmas.

Los ríos de la memoria fluyen con brío,
llevando consigo las huellas de los amores,
y en sus aguas profundas, el eco sombrío
de una risa que resuena en mis más oscuros dolores.
Oh, Lucía, faro de mis desvelos,
en tus ojos se encienden las luces de un cielo,
y cada estrella que brilla en el lienzo de anhelos
es un testimonio del amor que no muero.

Los ecos de tus pasos recorren mis pensamientos,
como un viento suave que acaricia la piel,
y en el vaivén de la brisa, descubro los sentimientos
que se ocultan en las sombras de un amanecer.
El alba, con su luz, nos envuelve en su manto,
pintando el horizonte con tonos de esperanza,

y en cada susurro, en cada canto,
tu nombre resuena en una eterna balanza.

Las horas, como hojas, caen del árbol del tiempo,
y en el suelo marchito se escriben historias,
donde cada latido, cada aliento,
es un eco distante de nuestras memorias.
Las flores que crecieron en los jardines de antaño
susurran tus nombres en su fragancia divina,
y yo, entre suspiros, busco el año en que extraño
tu voz que me llama, mi única medicina.

Oh, Lucía, orquídea de un amor extinto,
en la penumbra encuentro la luz de tu ser,
y aunque el tiempo nos separe con su cruel laberinto,
en mis sueños te abrazo, no hay nada que temer.
Las sombras se alargan en la tarde dorada,
y en cada rincón del alma queda tu estela,
un rastro indeleble que nunca se apaga,
la llama sagrada que mi corazón revela.

Así, la luna se asoma en el lienzo estrellado,
bañando el paisaje en su luz argentada,
y en la noche callada, un canto inmaculado

se eleva a los cielos, nuestra historia sagrada.
Las estrellas murmuran relatos olvidados,
de amores que fueron, de abrazos perdidos,
y yo, en el silencio, guardo los encantados
susurros de un tiempo que aún no ha cedido.

Las tormentas de la vida pueden desgarrar las almas,
pero el amor verdadero es un faro que guía,
y en los abismos más oscuros, donde todo se calma,
tú eres la esperanza que nunca se enfría.
Oh, Lucía, en el eco de cada latido,
te encuentro en el silencio de la noche estrellada,
y aunque el destino, en su juego temido,
nos haya separado, nunca estarás olvidada.

Las palabras flotan en el aire cargado,
como hojas de otoño danzando en el viento,
y en cada verso, en cada suspiro amado,
revivo los momentos que guardo en mi aliento.
Así, la eternidad se viste de gala,
y en el rincón del tiempo, nos encontramos,
pues cada recuerdo, cada rima que se sala,
es un hilo dorado que nunca deshilamos.

Las sombras danzan al ritmo de un piano,
y en su melodía, los ecos se entrelazan,
las historias perdidas, las voces del humano,
cantan el amor que en la noche se abraza.
Oh, Lucía, musa de mis pensamientos,
en el lienzo de la vida, eres el color eterno,
la paleta que pinta los más dulces momentos,
la armonía sagrada que reposa en mi cuaderno.

Así, en la penumbra, los sueños se revelan,
como oráculos antiguos susurrando el destino,
y aunque el tiempo arrastre las luces que se apelan,
tu esencia perdura, es mi faro divino.
Oh, Lucía, en el ocaso de cada día,
mi alma te busca en la bruma de la vida,
y en el canto eterno de la melancolía,
te encuentro, oh amor, en la sombra perdida.

Y si el destino, en su danza sin fin,
cierra el telón de nuestra obra sublime,
siempre serás el eco de un amor que no es ruin,
la balada infinita que el tiempo no oprime.
Así, en el rincón del alma donde existo,
te guardo como un tesoro en el fondo del ser,

y aunque el mundo cambie y el silencio insista,
tu amor es la llama que nunca ha de ceder.

5

Si el cielo, que tiembla al rozar tu mirada,
se apaga en su llanto y se pierde en su ser,
yo seré la llama que en sombras se enreda,
la luz que te alumbra, la estrella a vencer.
Aunque el tiempo devore su cruel instante,
seré el suspiro que te guarda constante.

Si el viento se alza con furia y quebranto,
y arrastra tu ser hacia el abismo frío,
seré el rocío que en tus labios planto,
seré la esperanza en tu dulce albedrío,
y en cada lágrima que tus ojos vierte,
seré el refugio que no te advierte.

Si el mar, en su cólera, muerde tu canto,
y arrastra tu voz en la espuma y la sal,
seré el faro que sobre ti levanto,
seré la brújula que guía tu mal,
y aunque el mundo se hunda en su propio quebranto,
seré la paz que resplandece alto.

Si el sol se oculta tras la negra cortina
y el mundo se quiebra en su sombra feroz,

seré la luna, la amante divina,
y mi luz será siempre la voz de tu voz.
Aunque el alba no rompa su cruel guerra,
seré tu refugio, seré tu tierra.

Si el tiempo arrastra tus sueños al vacío
y el futuro se cierra con un solo grillete,
seré la savia que crece en el río,
y mi amor será siempre tu amuleto,
un faro en la tormenta, un eco en el viento,
que te guardará siempre en su lento intento.

Si los dioses te niegan la paz prometida
y el caos es todo lo que en tus manos queda,
seré la flor que no se marchita en la vida,
seré la espada que a la lucha se ceda,
y mi alma será el manto que cubra
tus noches perdidas, tu alma que susurra.

Si el polvo del tiempo cubre tu alma herida
y el mundo se pliega bajo su cruel carcomer,
seré el eco de tu risa tan perdida,
seré el sueño que siempre te hará volver,

y aunque el final nos lleve por su senda ciega,
seré el amor que en tu pecho se sienta.

Si el destino se arrastra en su cruel mentira,
y la muerte te lleva en su oscuro cantar,
seré la estrella que en la noche delira,
y aunque el tiempo no logre tu alma hallar,
seré la llama que, eterna en tu pecho,
será la luz que jamás pierda su trecho.

Si el viento se apaga en su largo respiro,
y el sol se sienta distante y frío,
seré el aliento que respire del giro
del tiempo, en su olvido, su paso tardío,
y aunque el alma se pierda en su fugaz vuelo,
seré el abrazo que te alza del suelo.

Si el camino te lleva a la eterna espera
y el alma se apaga como la llama,
seré el eco que en tu pecho no muera,
y mi amor será siempre tu trama.
Aunque el tiempo no devuelva la vida,
seré el amor que te guarda, querida.

Si la lluvia arrastra tus sueños dorados
y la tristeza te cubre de gris,
seré la paz que en tus brazos guardados,
seré la flor que brota sin raíz,
y aunque el mundo se ahogue en su amargo llanto,
seré el refugio que te da su encanto.

6

Si el *Tártaro* devora en su seno abismal
los titánicos vestigios de Zeus y de Hades,
seré el *oráculo* que en su verbo fatal
revela los destinos, los flujos de trances,
y, como *Ananke*, en su tiranía eterna,
te forjaré, Lucía, en la furia materna.

Si las *Hespérides*, guardianas del oro,
la *dodekatheon* callan en su espléndida guerra,
seré el reflejo de tu ser, ahora toro,
la carne que desafía a la misma tierra,
y mis manos, cual *Eolo* en su cruel viento,
detendrán el paso del *caos* y el *lamento*.

Si el *Nilo* se desploma en sus aguas de fuego
y la *Lira* de Orfeo ya no sabe cantar,
seré la *Eolo* que infunda el rayo y el ruego,
el *Hypnos* que tu alma, en silencio, va a hallar.
Aunque el destino, cual *Caronte* impío,
nos lleve a las sombras, seré tu albedrío.

Si el *Medea* traiciona en su arte las estrellas,
y las *Cícladas* se ahogan en su oleaje rancio,

seré el deseo que se funda en las huellas,
y el *ambrosia* que extiende su reino, tan vancio.
Como *Aquiles*, mi amor herido no cede,
y en tu alma el *Eros* jamás se pierde.

Si el *Acheron* se abre y engulle la verdad,
y el *Orcus* se cierra tras su densa cortina,
seré la sombra que no siente su maldad,
el abrazo que en el *Cielo* se afina,
como *Zeus* en su sagrado *agón* primigenio,
y en tu cuerpo, mi amor, me hago etéreo y divino.

Si *Prometeo* se arrastra entre sus grilletes,
y la *Atenea* olvida su brillante destreza,
seré el fuego que arde en tus ojos, inquietes,
la *Nike* que te da la victoria, la pieza
que, como *Persefone*, en tus labios se posa,
y mi amor será tu sombra gloriosa.

Si *Orestes* olvida el canto de la madre,
y *Cassandra* ya no predice la caída,
seré la *Eros* que en tu pecho se enciende,
la llama que no cede ante la huella perdida,

y como *Hera*, mi amor te hará reinar
en la vastedad de mi ser sin cesar.

Si las *Sirenas* cantan su último verso
y el *Ponto* esconde su temblor en la arena,
seré la *Hera* que sobre ti disperso
la niebla de mi amor, cual cruel condena.
Como *Dionisio*, el caos será mi juego,
y en tu piel, mi amor no hallará freno.

Si la *Themis* juzga nuestro ser impío
y la justicia se ahoga en su falso caudal,
seré el *Athenae* que defiende el río
del amor, el principio, que es esencial,
y en mi alma, como *Apolo* que canta,
seré la verdad que siempre se encanta.

Si la *Perseida* se apaga en su furia fina,
y *Medusa* no sabe ya mirar su fe,
seré el refugio de tu alma, divina,
la *Atenea* que tu frente coroné,
y mi amor, como un *Orfeo* que se olvida,
te llevará a la inmortal melodía.

Si la *Némesis* resucita en su guerra,
y el *Cielo* se arrastra en su llanto mortal,
seré el *Cíclope* que te mira en su tierra,
el amor que no conoce lo celestial,
y aunque el *Hades* devore tu ser, mi lucero,
seré la llama que arde en tu sendero.

Si *Heracles* no puede ya sostener
la carga del mundo, el juicio de Zeus,
seré el titán que ha nacido para vencer
las sombras que abrazan las tierras de luz,
y como *Hecate*, mi sombra será
la que en tus noches, por siempre, estará.

Si el *Fénix* se apaga en su propio cenizo,
y las *Furias* se olvidan de su oscuro canto,
seré la llama que, en tu pecho, sin aviso,
despierta el *Apolonio* amor que tanto,
como *Ares*, no conoce de freno,
y será mi ser el más hondo veneno.

Si las *Cercas* se cierran en sus manos frías,
y el *Ares* ya no busca más la guerra,
seré el *Eolo* que invoca las agonías,

y el *Nautilus* que a las estrellas se aferra,
y, como *Hermes*, seré tu guía sin fin,
y en tu amor, mi amor será el mismo confín.

Si las *Moiras* se ríen al hilado del tiempo
y el *Chaos* consume el polvo del ayer,
seré la *Eros* que resplandece en el viento,
el amor que no teme lo que ha de nacer,
y aunque el *Caronte* nos cruce en su fría barca,
seré el eco que en tu alma marca.

Si las *Nereidas* ya no lloran su abismo
y el *Narciso* se olvida del reflejo fiel,
seré el rocío que nace del mismo
horizonte que deslumbra, tan cruel,
como *Teseo* que lucha por serte fiel,
mi amor será el mar que nunca se hiela.

Si la *Troya* se hunde en su propia memoria,
y el *Oráculo* calla ante la farsa del fin,
seré la *Athena* que guarda tu historia,
el *Epítome* que se erige en el confín,
y aunque el destino nos devore en su guerra,
seré el amor que a tu ser nunca aterra.

Si el *Sol* se desvanece en su último filo
y las *Hidras* se olvidan de su cruel veneno,
seré la luz que, en tu pecho, destilo,
el fuego que jamás se apaga, sereno,
y, como *Cicerón*, mi amor será la voz
que en tus labios se funde, eterno, veloz.

7

Oh, excelsa Lucía, en cuya mirada titilan
las lumbres febrilmente encendidas por las sombras
de los *titánicos* eones que se deshacen
como *Eolo* desatando su furia divina
en los *vientos del Aqueronte*, cuyo aliento
arrastra y absorbe las estrellas cual polvo mortal.

Tú, joya de la *anacreóntica* melodía,
cuyo eco se pierde en los confines de la *kósmos*,
en la infinita *apocatástasis* de la perfección,
donde los astros, como víctimas de un *fatum* inapelable,
se deshacen en desmesuradas explosiones,
y tú, *Luce*, te alzas, como un *Helios* encadenado,
cayendo y resurgiendo a cada hora en su *hipérbaton* celestial.

Tu voz, que se desliza, como *Nereida* del mar,
en los *abismos del alma*, es la que genera la tempestad,
la que brota en espiral de los vórtices del *caos*,
y resuena en los ecos, como los rugidos de *César*
que desgarran las mismas fibras del universo.
Ah, cómo se descompone el *Hiperión*,
al contemplarte en tu *incandescente* soliloquio de luz

que apaga las oscuridades de la creación
y sumerge al mundo en su opaca extenuación de fuego.

¡Oh, dulcísima y devastadora, soberana Lucía!
No basta la lengua mortal para nombrar la plenitud
de tu *divinísimo* ser que, en su frenesí de azules y dorados,
destila las *ondas de un Orfeo no nacido*,
y la *transfiguración de tu amor* es la flor
que florece eternamente en el inquebrantable caos
del tiempo que devora y consume sus propios bordes,
pero tú permaneces incólume, como la *perla*
en la infinita obscuridad del *Astyges* y su falso brillar.

Tu ser, como el manto plúmbeo de *Atenea*,
cubre con sus pliegues y destellos el *misterioso* orbe,
donde los dioses tiemblan al contemplar el fulgor
de tu esplendor eterno, en cuya retina inclemente
el *Hades* se estremece, y la misma *Kronos*
se postra ante el inmarcesible reflejo de tu belleza
que trasciende la *paradoja* y el *tiempo*,
y se disuelve en el viento, como un susurro olvidado,
una *melancolía* que da la forma al alma misma.

Y si el *Apolonio* de los siglos se quebrara
y el *Cataclismo* se desplegara en su furor eterno,
serías tú la que, con tu voz como *corcho* divino,
detendría el curso desbocado del *nuncas*,
la que con tu aliento helado y encendido
abrazaría la *anarquía cósmica* y la *necesidad*
y ofrecerías, no ya un rincón de luz, sino
todo el firmamento, que con el soplo de tu *Sílaba*
se deshacería en la *nueva perfección del caos*.

¡Oh, mi musa inmortal, *Hércules* en su valía
y *Odiseo* en su perenne viaje hacia ti!
Cada *pétalo* de tu nombre es un *Fragmento*
que se desgaja como los cristales de una estrella rota,
y al mirarlos, *el alma se deshace* en el *tártaro*
y se reinventa, como el *Fénix* que no cesa
de arder en su *plácida agonía*,
pues tu amor es la *pluma* que escribe el *lamento*
en los anales *divinos* del universo sin fin.

¡Oh, Diosa Lucía, cuyas huellas dejaron
nuestros antepasados en el libro de las sombras!
Eres el *poder* que, al alba, rompe la *tierra*,
y la que al ocaso levanta el sol en su último vuelo,

eres el *túnel* que atraviesa los universos,
la que arrastra al *mundo* al instante de la creación
y, en el *silencio* que no cesa, eres la *tormenta*
que engulle los *cielos*, que no se tornan más oscuros
que tu *mirada eterna* de *diosa inmortal*.

8

Oh, Lucía, sortílega del oro inmemorial,
vestida de niebla y vértigo umbrío,
tallada en la síncope de un astro caído,
tus labios pronuncian un verbo espectral,
y en tu aliento la brisa es un eco sombrío,
un salmo indescifrable de un dios olvidado.

Te nombro y se quiebra el cristal olvidado,
el mármol sucumbe a tu rastro inmemorial,
pues vives entre los susurros sombríos
del viento que arrastra el fulgor más umbrío.
Oh, Lucía, epitafio de un sueño espectral,
perdida en la ruina de un siglo caído.

Tu sombra es el gozne de un ángel caído,
el mito secreto de un tiempo olvidado,
los dioses te urden en versos espectrales
con hilos de nácar y llanto inmemorial,
y un ritmo de abismo, solemne y umbrío,
cincela tu forma en el mármol sombrío.

Mas, ¿eres acaso un relámpago sombrío,
o solo un reflejo de un astro caído?

Un eco de fiebre en un pozo umbrío,
una sílaba errante en un canto olvidado,
una brasa extinta en un soplo inmemorial,
una cifra velada en el verbo espectral.

Mas sé que tu espíritu es más que espectral,
que habitas los márgenes del verbo sombrío,
te elevas en vértigos de oro inmemorial,
desciendes al vértigo de un sol ya caído,
tus pasos resuenan en un eco olvidado,
y enciendes la noche con brillo umbrío.

Oh, Lucía, espejismo de un dios ya caído,
en el alba sombría de un mundo olvidado,
te nombro y despierta el fulgor inmemorial.

9

Oh, vestal de los vértigos ignotos,
abstrusa efigie en éxtasis de lumbre,
incólume epitafio de la umbrumbre,
sibilante epifanía de las tumbas,
arcángel de los mármoles remotos,
arqueóloga de un verbo sin exordio.

Lucía, simulacro de otro exordio,
cenit que se disuelve en lo ignoto,
cifrada en los abismos más remotos,
letárgica deidad de exangüe lumbre,
donde la eternidad horada tumbas,
y el éter se transmuta en vil umbrumbre.

Oh, púrpura insaciable de la umbrumbre,
que exhuma el palimpsesto de otro exordio,
lucífera osamenta entre las tumbas,
sepulcro de lo eterno y lo ignoto,
baliza del abismo sin más lumbre,
aleph de los confines más remotos.

Tu verbo, hipóstasis de luz remota,
refulge en el abismo de la umbrumbre,

espejo de la génesis y lumbre,
donde la sombra inscribe su exordio,
aljibe de espectros en lo ignoto,
tatuaje sideral sobre las tumbas.

Oráculo insaciable en las mil tumbas,
rumor de antiguas ruinas en lo remoto,
geometría espectral, abismo ignoto,
pilar de lo que nunca fue umbrumbre,
umbráculo de un soplo sin exordio,
lápida de un abismo sin más lumbre.

Oh, génesis absorta en su no-lumbre,
custodia de lo arcano entre las tumbas,
lucífera crisálida sin exordio,
letargo constelado en lo remoto,
reliquia de un letal éter de umbrumbre,
prosodia de un crepúsculo ignoto.

Mas todo se desploma en lo ignoto,
desgarra su efigie el alba en la no-lumbre,
y nada sobrevive a tanta umbrumbre.
La eternidad exuda en las mil tumbas

su herida más antigua y más remota,
y todo se devora en su no-exordio.

Y tú, Lucía, exordio de las tumbas,
en lo ignoto sucumbes a la umbrumbre,
sin lumbre ni retorno en lo remoto.

10

Oh, vestal de alboradas hiperbóreas,
ciclópea egregia de la luz ignota,
exégeta del éter y su exordio,
clepsidra del letargo en la umbrumbre,
cenital sacerdotisa de las tumbas,
arcádica deidad, verbo remoto.

Tu numen en la bruma más remoto,
exuda sus arpegios hiperbóreas,
y exhuma las liturgias de las tumbas.
Transida de la sombra y lo ignoto,
evocas los estigmas de la umbrumbre,
oráculo de exilio y de su exordio.

Mas ciega la enigmática del exordio,
y absorta en lo abisal, tú, voz remota,
te encintas con la bruma de la umbrumbre.
Oh, diáfana siniestra en hiperbóreas
cavernas donde arde el pulso ignoto,
arcaica taumaturga de las tumbas.

Efímera visión, umbrátil tumba,
exégesis oculta de otro exordio,

inmóvil en la sombra de lo ignoto,
fluctúas entre velos de lo remoto,
cadencia sideral en hiperbóreas
arquitecturas cóncavas de umbrumbre.

Lucía, en la osamenta de la umbrumbre,
te alzas sobre piras de las tumbas,
herética del alba y sus hiperbóreas
sílabas de eón, génesis de un exordio
que exhala su misterio más remoto,
la última evangelia de lo ignoto.

La luz se transfigura en lo ignoto,
y gira entre los círculos de umbrumbre,
letárgica, ancestral, verbo remoto,
geometría de ónice en las tumbas,
eclipse de una noche sin exordio,
vértice del exilio en hiperbóreas.

Tú, ignota en las penumbras hiperbóreas,
umbrumbre sin exordio en las mil tumbas,
remota y sin color, regresas al remoto.

11

Oh, nítida eufonía de aura ignota,
penumbra en el zafir de exangüe lumbre,
heráldica vestal cuya remota
siléxica mirada emula umbrumbre.
Lucía, hipóstasis de luz ignota,
efímera entre arcanas catacumbas.

Proscrita en la efigie de las tumbas,
tu hálito es letal e ignoto exvoto,
y el éter se fractura en catacumbas
donde el orbe abjura de su ignoto
fulgor, y es obituario de una umbrumbre
que acendra su deidad en sombra ignota.

Se yergue tu enigma de aura ignota,
aljaba sideral entre las tumbas,
mastín de lo espectral y de su umbrumbre,
mirífica vestal de numen ignoto.
Tu verbo, exangüe salmo de la lumbre,
susurra en la tiniebla más remota.

Y en cúspide de abismos, voz remota,
cual lábaro de sombra eufonía ignota,

se inmola en la neblina de la lumbre,
ofrenda de sollozos en las tumbas.
Lucía, cimitarra de lo ignoto,
serpentea el azogue de la umbrumbre.

Oh, fúlgida penumbra de la umbrumbre,
oh, hálito exangüe de luz remota,
estigia vestidura de lo ignoto,
lucífera efigie de cópula ignota,
exilio de lo arcano en las catacumbas,
destierro de la niebla y de la lumbre.

Y así, en la obliterada hipnosis, lumbre
sidera su deicidio en la umbrumbre,
y cónclave de espectros en las tumbas
transmuta la crisálida remota.
Lucía, en la ruina de la luz ignota,
tú eres vestigio, génesis y exvoto.

Oh, lumbre que se inmola en lo remoto,
umbrumbre donde brama el hálito ignoto,
Lucía: tú eres génesis y tumba.

12

Oh, Lucía, vestal de lumbre arcana,
enjambre de albas en la umbría esfera,
tus párpados, crisálida temprana,
deshojan su estertor en la alta cera.
Ceniza de sollozos la campana
exhala en la oblicuidad de su quimera.

Serpentea en mis sienes la quimera,
desborda su letargo luz arcana,
y el cáliz de mis venas se desgrana
en sombras de estalactita severa.
Errático, en las ruinas, la campana
espira su latido en luz temprana.

Aúllase en el alba más temprana
el hondo sobresalto de quimera,
y el éter, lapidado en la campana,
colma su desconsuelo de alma arcana.
Su néctar, desangrándose en la cera,
disgrega su espesura fría y vana.

Oh, púrpura de noche insomne y vana,
allí donde se exilia la temprana

caricia de la luz, y ciega cera
es el fulgor que gime en la quimera.
Lucía, destellante vestal arcana,
yo busco tu letargo en la campana.

Láquesis del silencio, la campana
desflora la agonía más anciana.
A tientas la memoria se desgrana
y el mármol se desploma en luz temprana.
Oh, súbito rumor de sangre arcana,
que en mármol se adormece como cera.

Mas tú, que eres luciérnaga en la cera,
colúmpiate en la voz de la campana,
derrámate en la bruma más arcana,
desciende de la sombra más temprana.
Oh, Lucía, en la náusea de quimera,
yo muero donde el alba se desgrana.

Quimera que en la cera se desgrana,
temprana en la campana su hosca arcana,
y en ruinas de fulgor, tú, luz temprana.

13

Brilla en tu piel la lumbre sigilosa,
trenzando en ámbar fiebre y celosía,
y en tu latido danza caprichosa
la sombra azul que exhala la agonía.
Oh, nívea luz de curva peligrosa,
espejo en flor, misterio y melodía.

Se quiebra el aire en pálida armonía,
se incendia el mar en cumbre sigilosa,
y en su vaivén te ciñe peligrosa
la sierpe de la brisa y su celosía.
La sombra es sólo un eco de agonía,
y en su espiral te enreda caprichosa.

Es lágrima la luna caprichosa,
perlada en la acuarela de tu día,
susurra en la hojarasca la agonía
del oro, de la miel sigilosa,
mientras el viento quiebra su celosía
y la penumbra acecha peligrosa.

Vibran tus labios—flama peligrosa—
y en su fulgor la sangre caprichosa

muerde su propia cárcel, celosía
de un beso que despierta su agonía.
Oh, labios de tormenta sigilosa,
miel de ónice y rocío de osadía.

No existe luz más honda que la mía,
que arde en tu piel febril y peligrosa,
sumida en su caricia sigilosa,
desnuda en la penumbra caprichosa,
ardiendo en el umbral de la agonía,
dormida en tu nocturna celosía.

Si el alba, como estigma de celosía,
sellara tu fulgor con su agonía,
dejaría mi sombra caprichosa
beber la eternidad sigilosa,
y en su ceniza amarga y peligrosa
moriría en tus labios, oh, Lucía.

14

Con los zapatos húmedos, entramos a este hogar.
Las gotas en mi abrigo... Mi bufanda raída...
Mis pantalones, entre barro y nieve sin vida...
Los calcetines sucios mi cuerpo van a helar...

Prendemos libres luces, y vamos a fumar.
Desvïamos las horas, que terminan perdidas.
Fumamos y se rompe, poco a poco, y dormida,
la triste cajetilla que no va a despertar.

Cenizas y cenizas, cervezas apiladas;
fideos y cigarros, y las horas pasadas,
y olvidamos prender nuestro calentador.

¡Alcohol, alcohol! Nuestra televisión
no tiene cable, pero falta conversación.
Reímos y cantamos: y tenemos amor.

15

Agua, sal y topacio, para prender
mi llama ardiente, Lucía.
Lucía, nombre de barco pesquero,
o de salsa, en manteca, de dorado marfil.

Y tu boca, Lucía, y tu piel de nieve,
y tus rizos de oro rojizo carmín.
Lucía, nombre de nido de pájaros,
Pájaros hambrientos de literatura...

Lucía, cuerpo, color, río de sangre,
de caminos sobre caminos, y rabia,
rabia, Lucía, rabia sobre la felicidad...

Lucía, irradias belleza brillante,
como el dorado carmín rojizo
de tu cabello liso y seductor...

16

Siento un poco de calor,
Lucía.
Y creo que es el amor
del día.
Lucía, yo te amaré
de día.
Eres como hojas de té,
Lucía.

17

Cerraré mis dos ojos
al hacerse presente tu calor.
Arderá toda mi ropa en despojos,
y me calentarás,
con delicado amor,
hasta acabar conmigo.

Yo soy más feliz al estar contigo,
amada mujer mía.
Nunca fuimos amigos,
sino amantes, adorada Lucía.
Podrá hacerme llorar
la fantasía de todo mi amor,
pero nunca, Lucía,
nunca, nunca te dejaré de amar.

Tu pasión lisonjera
arde mucho más que cualquier calor.
De no ser por tu ser,
yo no sería más que un vagabundo,
porque tú eres riqueza.

Lucía: eres belleza,

y eres todo mi mundo.

18

¿Podré compararte con el verano?
No, no puedo atreverme a comparar
el verso dulce de tu caminar
con el calor de este verano insano.

Tu calor y tu aroma es más lozano,
que el claro verano tan solar.
En efecto, sí es precioso tu andar
contra el peligro, peligro tan vano.

Claramente tus palabras de error
siempre se disfrazan intensamente;
se disfrazan siempre mucho mejor

que yo al disfrazarme de alguien presente,
o mi disfraz de sentir mucho amor
a pesar de que el amor esté ausente.

19

Podrá acaso mi vida agotarse,
podrán los alelíes fallecer,
podrá la luz del sol oscurecer,
pero mis rimas no van a acabarse.

Podrá la postrera muerte acercarse,
los ciegos podrían volver a ver,
podrá sosegarse el amanecer,
pero mi corazón no va a secarse.

Podrá la mantequilla derretirse
con tu hedor sudoroso a tulipán,
ante tu rostro de noche estrellada,

pero nunca mi pasión va a morirse.
Yo de tu corazón soy capitán,
y buscaré tu pasión extraviada.

20

Dime, amada Lucía:
¿por qué siempre que pienso en ti, deseo
divisar, mirar, ver bien lo que veo?
¿Acaso eres mi día...?

21

Lucía, eres topacio, roca y suave corteza,
canción desesperada,
campo y noche,
entre estrellas negras.
Lucía,
ave de tierra o sal,
ave de grito, río, o de color.
Lucía,
pájaro adversario,
tiro de nieve,
o simplemente tú.

¿Cuándo ha sido la faz
del universo
incomparable a ti?
¿Cuántos meses,
cuántos guantes
llevo sin ti?
Lucía,
flor de monte,
cabellera de yegua,
o simplemente tú.

¿Cuantas veces
te he llorado por llorar?
¿Cuántos corazones
en cuántos árboles
o en cuántos canastos
te has llevado al irte?
¿Cuántos cabellos tiene
tu cabellera de arena?
¿Sabes tú del afán
ansioso de mi cabello de pirita,
o de tu afán de oro?
¡Cuánta destreza
hay en tu mirar!
¡Cuántos
ojos te has robado
Lucía!

Sangre, Lucía,
sangre de piedras inmortales
nacidas
del más puro topacio y jazmín,
hechas a imagen y semejanza tuya.
Lucía,
sangre de oro,

cabellera dorada
y rostro de topacio.

Blanca montaña suelta
a rienda de los caballos.
Cuerpo tuyo,
de flor en topacio,
o de lágrima en crisol
fundido en mercurio,
plata,
o en ojos de color burdeo.
Lucía, cuerpo tuyo,
selecto por la raíz,
la raíz en carroza,
carroza de luces,
Lucía.

Oro,
nieve,
ortigas de corona,
pero más importante eres tú,
Lucía.

22

Desvarïando entre mi tonta mente,
solo tú eres gloriosa en mi memoria,
Lucía, forjada por esta historia
que siempre te cuento frecuentemente.

Mas recuerda mi corazón latente
que nunca persiguió la falsa gloria
ni persiguió la falsa escapatoria
de tu orgullo y lamento tan reciente.

Recuérdame, recuerda, recordando,
recuerda mi calmado corazón,
como yo, siempre manufacturando.

Nuevos inventos de nueva razón
pasan, pasan, pasan, pasan pasando
sobre mi tan, tan marchita pasión.

Patata de corazón,
canta a Lucía canción.

Como dice aquel doctor:
“no se alimente de ratas,
y mejor coma patatas”;
¡cuán sabio era este doctor
que me dijo de mi error!
Pero faltaba alegría
entre aquella lozanía;
pero encontré una muñeca,
muñequita de manteca,
que se llamaba Lucía.

Patata de corazón,
canta a Lucía canción.

Siempre siendo un asesor
de los mares de los pálidos
romances, hechos tan cálidos
con nieve de trovador...
Más, si por este esplendor
se apaga la luz del día,

recuérdame, tarde fría,
la noche fría y calmada
en la que hubo una llamada
con la llamada Lucía.

Patata de corazón,
canta a Lucía canción.

Si por esta tradición
pierdo el frío del invierno,
y pierdo mi calor tierno,
duevuélme el corazón
que me quitaste en traición
nuevamente en gallardía
que creó tu lozanía,
que me hizo romper la ruta
que el hizo caer en gruta
para gritarte: "¡Lucía!"...

Patata de corazón,
canta a Lucía mi canción.

24

Si pides, tras el escrutinio, amor,
comprende lo estólido que es comer
basura y manteca, para saber,
cerdo que vives en el comedor.

Si intervienes a Lucía mi amor,
debes entender cómo comprender
la alucinación mortal del lamer
la basura, pues lo dijo el doctor.

Tu barriga es una peste fatal;
aprende a dejar de ser tan ñomblón
y a cerrar, de tu casa, las cortinas.

Aprende a lamerme bien el basural
en que vives, sucio borbomojón,
tonto bebedor de sangre y orina.

25

Te untaré mis versos con tulipán
para que los muerda tu corazón:
llénate del estricote en razón
y entiende que yo soy el capitán;

entiende que yo soy el capitán
de los abismos de tu corazón,
corazón hecho de topacio, y son
de tu boca preciosa de volcán.

Aprende a soportar este dolor
de haber perdido ahora a tu pareja,
que siempre te robaba tu calor.

Aprende a dejar de ser una oveja;
aprende a comprender mejor mi error;
aprende a amarme, como una almeja...

26

Lucía, pareces estar lisiada
por el tiempo que pasamos al viento,
pues la linea de tus pensamientos
parece ser siempre muy cotizada.

Áspera se ve tu calma extasiada,
hecha de molino de asentamiento,
hidráulica por tu precioso aliento
que me deja la mirada extraviada.

¡Oh!, Lucía: roba mi corazón
hasta que sientas como yo la muerte
dentro de la carcoma de mis venas.

¿En qué estricote perdí la razón?
Virguilillas se lloran por la suerte
de haber vivido un contento de penas.

27

Déjame morderte tus bellos dientes
mientras tú calmas todos mis dolores
con el insecticida de tu vientre
y me haces oscurecer los colores.

Cuando no me encuentres en la gente,
yo siempre voy a encontrar tus olores.
Tus olores, aroma penitente
entre tus tan aclamados sabores.

Lucía: no te olvides de avisarme
cuando finalices con tu pareja
y con tu desgraciada relación.

Tú, Lucía: recuerda recordarme,
recuerda el dolor mío, que me aqueja:
el dolor de no tener tu pasión.

28

Estoy perdido
Entre el cotejo
De tus dos lágrimas;
Lágrimas profanas,
Idénticas al lagrimear
De los más valientes.
Nadie entiende
Tu dolor
Tanto como yo.

Van mis versos
A perderse entre la métrica.
Pierdo
Todo
El
Control
Al ver directo hacia tus ojos.

Pareado,
Desolado.

Pierdo todo ideal

Cuando tú estás presente,

Lucía...

29

Estoy taciturno y ensimismado,
porque quiero a mis rimas más sencillas.
En esta noche en que acerco mis sillas,
solo puedo sentirme desolado,

desolado por perder el dorado
camino de mi vida por la villa.
Entre el decenviro de mis mejillas,
se puede demostrar que estoy cautivado.

Yo pierdo la minucia de tus ojos,
entre el cotejo de tu divisar
y el dulce e impoluto conocer.

Entre una polea de color rojo
(es mi cabeza, que no ve hacia el mar),
se sujeta mi corazón sin ver.

30

Mientras te escriba poemas,
me controlarás, Lucía...
Controlarás todo en mí,
sea mi mente o mi vida...
Espero que entiendas bien
mi memoria tan vacía;
pero está llena por ti,
mi bien amada Lucía.
Quizá este no es el lugar,
mi tan amada Lucía,
para confesar mi amor,
amor mortal de mi vida...

31

Lucía, ahora acércame la silla
en donde solo padecí dolor.
Recordaré las huellas de tu amor
estando en otro mundo o en la villa...

Lucía, ahora acércame la silla
en donde cometí el terrible error
de convertirme, por ti, en trovador;
mataré mi poesía sencilla...

Quizás porque yo sufrí tantas penas
se empezó a tornar mi alma en agua fría,
que quema, no obstante, en mis rojas venas.

Tú siempre serás mi amada Lucía,
siendo tú una rosa o una azucena,
la luz de la noche o la luz del día.

32

Pienso siempre en lo bello
de verte bella;
Lucía, es tu cabello
como una estrella.

Tu nombre es sal, topacio, tal vez de pura plata;
tu rostro son las pecas más bellas de este mundo;
tus labios son jazmín de color escarlata
y tus ojos son fríos, salados y profundos.

Secas tu pelo al viento con voces amorosas.
Por cierto, tu cabello es como un rojo sol
hecho de pura masa; masa hecha con mil rosas,
cuyo pérfido aroma me recuerda al crisol.

Tu piel es pura nieve, tus dientes son laurel;
mis versos de pirata me recuerdan tu olor;
me alimenta tu boca, pálida como miel,
y tu olor a rubí me recuerda a tu amor.

Me recuerda tu nombre, adorada Lucía,
a su significado, hija de los herreros:
eres tú la belleza que se forja en el día,
iluminada luz con sangre de guerreros.

34

Tú, preciosa, dulce, bella muñeca,
nombre alejandrino, o de biblioteca:
esa eres tú, como la sal, Lucía,
hecha de mantel, topacio, o manteca.

35

Estoy taciturno y ensimismado
por tu belleza tan tierna, Lucía.
Pienso en tu belleza todos los días,
sin poder dormir, ni hallarme cansado.

Cuando me he perdido y me he desvïado,
entonces pienso en ti, amada Lucía.
En tanto que de rosa y noche fría
se habla, se habla de tono cantado.

Realmente no puedo comprender
el acertijo de tu corazón,
rey de las flechas, rey del aprender.

Mas, ¿por qué no me entregas tu pasión?...
Siento que nunca te podré entender,
a pesar de escuchar siempre tu son...